

RELATOS HISTÓRICOS SOBRE ANTÁRTIDA

10° Concurso Nacional de Literatura

Categoría: Relato Histórico

Tema: Antártida Argentina, La Patria Blanca, Territorio Nacional.



RELATOS HISTÓRICOS SOBRE ANTÁRTIDA



Edición
Agosto 2023

Colección UPCN en las LETRAS

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra,
el almacenamiento en sistema informático y la transmisión
en cualquier forma o medio electrónico, mecánico,
por fotocopia, por registro o por otros métodos,
así como la distribución de ejemplares mediante alquiler
o préstamo público sin el permiso previo y
por escrito de los titulares del Copyright.

Los artículos firmados no reflejan necesariamente la opinión de UPCN
y sus contenidos son responsabilidad exclusiva de los autores

Impreso en Argentina
por UPCN
24 de Noviembre 493 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires
República Argentina

Hecho el depósito que dispone la ley 11723

Gauna, Emilio

Relatos históricos sobre Antártida : Antártida Argentina, La Patria Blanca, Territorio Nacional / Emilio Gauna ; Facundo Muciaccia ; Scanu, Marcelo ; compilación de Emilio Gauna. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : UPCN-Unión Personal Civil de la Nación, 2023.

156 p. ; 225 x 16 cm.

ISBN 978-987-1506-51-4

1. Relatos Históricos. I. Muciaccia, Facundo II. Scanu, Marcelo, III. Gauna, Emilio, comp. IV. Título.
CDD 998

10º Concurso Nacional de Literatura.
Categoría Relato Histórico
Tema: Antártida Argentina. La Patria Blanca.
Territorio Nacional.

Desde la Unión del Personal Civil de la Nación, convocamos a compañeros y compañeras, siempre sensibles a todo lo que haga referencia a las grandes causas nacionales, a escribir sobre la Antártida. Muchas son las razones e infinitos los temas posibles de desarrollar sobre el potencial estratégico, que en el siglo XXI adquieren la Antártida, su área de convergencia y el Atlántico Sur.

En este eje se condensa un conjunto de problemáticas globales asociadas a los recursos minerales, energéticos y naturales localizados en la región, siendo el calentamiento global, las reservas de petróleo y el agua potable los de mayor consideración. Dentro de este territorio fascinante, la Argentina ha tenido una presencia activa y constante desde hace más de un siglo.


A través de estas páginas, el lector podrá acompañar a los pioneros que se aventuraron a navegar por los mares australes. Podrá revivir las hazañas de los primeros expedicionarios que invernaron en la Antártida, o que alcanzaron el Polo Sur. Podrá conocer las historias de las bases antárticas argentinas, desde la primera instalación permanente, hasta las más recientes y modernas. Y podrá apreciar el rol de la Argentina en el Tratado Antártico.

Es una obra que rescata el valor histórico y cultural de la presencia argentina, refleja el espíritu de superación y solidaridad de sus protagonistas y busca inspirar a las nuevas generaciones a seguir explorando

y cuidando este patrimonio común de la humanidad.

La Antártida es un escenario de aventuras, desafíos y descubrimientos. Este libro de relatos históricos es una invitación a descubrir ese mundo, donde el hombre y la naturaleza se encuentran en una relación única y singular. Son testimonios que quieren responder a las preguntas cruciales: ¿Cómo relatar ese objeto conjetural e inconcebible, ese Universo? ¿Cómo asomarse a esas imágenes que resplandecen y arden henchidas de sentido? ¿Cómo juntar literatura e historia, ciencia y mito, relato oral y documentos? ¿Cómo celebrar el espíritu antártico argentino y transmitir a las nuevas generaciones el valor y el orgullo de pertenecer a un país con vocación antártica?

Una sensibilidad desnuda ve dibujarse figuras en el blanco mar del continente. Las páginas en blanco se llenan de lo que uno pone. En la Antártida, como en la vida, uno encuentra lo que busca. Este libro fundamentalmente nos invita a juntar esos relatos, a leer entre líneas. A escuchar a los protagonistas de este sueño. A unir fragmentos dispersos para construir con ellos la figura de ese universo blanco que nos sigue esperando, para recuperar la entera memoria de la Patria.



ANDRÉS E. RODRÍGUEZ
SECRETARIO GENERAL
CONSEJO DIRECTIVO NACIONAL
U.P.C.N.

Crear conciencia Antártica, nuestra patria blanca.

Este prólogo es un análisis geopolítico de la situación que se avecina en el Atlántico Sur y en la Antártida. En alguna medida un concurso literario de Relatos Históricos fomenta conciencia, convocando a compañeras y compañeros al aporte para la construcción de nuestra historia.

José Manuel Acevedo.
Licenciado en Estrategia y Organización

Prólogo

En el año 2048 cualquiera de las partes consultivas del Tratado Antártico podrá solicitar la revisión del Protocolo sobre Protección del Medio Ambiente; este protocolo designa a la Antártida como reserva natural, consagrada a la paz y a la ciencia y tiene, entre otras prohibiciones, la explotación de los recursos minerales. De este modo, los Estados estarán en capacidad de mantener las reglas actuales o producirse una salida del Tratado, con la intención de explotar esos recursos, provocando la ruptura del statu quo de este instrumento jurídico regulatorio de la Antártida.

Ya para mediados de la década de 1950, se poseía la visión estratégica que el control del Atlántico Sur y su proyección antártica permitiría obtener una ventaja superlativa a quien lo dispusiese en el futuro y ha formado parte de las estrategias de la República Argentina y de otros Estados que, desde hace varios años y sistemáticamente las aplican, orientadas hacia la concreción de la defensa de sus intereses nacionales. Sin embargo, en nuestro país, han estado ligadas exclusivamente a gobiernos de carácter nacional y a grandes estadistas, padeciendo el pueblo argentino el desaliento sobre los intereses nacionales, por las permanentes intromisiones de intereses económicos y geopolíticos foráneos.

En el escenario de expansión demográfica mundial, escasez de agua, de alimentos y de espacios productivos que se aproxima, los recursos minerales, energéticos y naturales constituirán la principal fuente de riquezas y de supervivencia mundial, y el Atlántico Sur y nuestro país

bicontinental integrado a la Antártida, constituyen la zona del mundo donde, en razón de su escasa población y de la escasa explotación de estos recursos, se encuentra una de las mayores reservas de materias primas y alimentos del mundo.

Es necesario comprender que, al aumentar la demanda mundial de alimentos, la disponibilidad de tierras descenderá, por lo que se producirán desfasajes que generarán escenarios por la competencia de espacios terrestres y marítimos productivos que provocarán conflictos, por lo cual las potencias centrales invertirán sus esfuerzos en los denominados “espacios comunes globales”, siendo la Antártida y el área del Atlántico Sur, uno de ellos.

Este proceso se ha acrecentado a partir de la imposición de las privatizaciones como esencia de la estrategia de la globalización neoliberal, con una mirada competitiva para vender productos a precios accesibles, creada por corporaciones financieras internacionales, orientada desde el ámbito académico de los países centrales insistiendo “desinteresadamente” en que, en el escenario internacional el papel de los Estados es cada vez más reducido y que éstos deben ser sustituidos por empresas transnacionales.

Estos argumentos sobre el debilitamiento del Estado y la supremacía de los “mercados” son elaborados para distraer a los países periféricos con la finalidad de que no se dediquen a fortalecer sus respectivos Estados nacionales y, con instituciones débiles, no encontrarse preparados para neutralizar las amenazas que los acechen. El acceso a los recursos naturales no sólo se logra con capital, sino fundamentalmente con la fuerza laboral, y el desarrollo tecnológico e investigación científica, donde la Antártida constituye un territorio lleno de oportunidades para crear, acumular y distribuir mejor la riqueza, implicando elevar la calidad de vida de los argentinos y alcanzando de esta manera la independencia económica y la justicia social.

La patria no es solamente el territorio, sino también el pueblo que la conforma. Contamos con 25 años -o tal vez menos- para desarrollar

una identidad y conciencia nacionales, que nos permitan incrementar el potencial y el posicionamiento estratégico de la Argentina en el escenario regional y mundial, mediante el ejercicio real de la soberanía política, defendiendo nuestros avales de títulos históricos logrados en nuestra patria blanca, la Antártida Argentina.

José Manuel Acevedo

Licenciado en Estrategia y Organización

Jurados

José Manuel Acevedo

Juan Tangari

Emilio Gauna

**10° Concurso Nacional de Literatura.
Categoría Relato Histórico
Tema: Antártida Argentina. La Patria Blanca.
Territorio Nacional.**

1° Premio

Ernesto Ezequiel Chacón Oribe

Compañía Nacional de Danza Contemporánea de la Dirección Nacional de Elencos Estables del Ministerio de Cultura de la Nación.

Título de la obra: ***Cuando llegué, apenas lo conocía...***

2° Premio

Enrique Francisco Capdevielle

Ministerio de Seguridad de la Nación

Título de la obra: ***Naufragios***

3° Premio

Catalina María Fernández Rivero

Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires

Título de la obra: ***Mar de hielo***

4° Premio

Silvana Andrea Nabte

Secretaría de Deportes - Ministerio de Desarrollo Social (Santa Fe)

Título de la obra: ***Relato de una crónica inesperada: Perdido en el Glaciar***

5° Premio

Juan Facundo Muciaccia

Anses

Título de la obra: ***Pensar la Antártida en los lodos futuros***

6° Premio

Francisca Ramírez

Hospital San Roque (Jujuy)

Título de la obra: ***La patria blanca, de la Antártida a la Quiaca vieja***

1° Mención

Sergio Gonzalo Soto

Registro Nacional de las Personas

Título de la obra: ***Páginas en blanco***

2° Mención

Gustavo Ignacio Míguez

Biblioteca Nacional Mariano Moreno

Título de la obra: ***La patria Azul y Blanca***

3° Mención

Marcelo Scanu

Anses

Título de la obra: ***La otra Hermanita Perdida***

4° Mención

Marcelo Agustín Parisi

Superintendencia de Seguros de la Nación. Gerencia de
Liquidaciones de Entidades Controladas

Título de la obra: ***Picahielos.***

5° Mención

Paola Priscila Pignataro

ReNaPer

Título de la obra: ***El año más frío***

6° Mención

Santiago Gabriel Fernández

Estudiante nivel secundario (San Juan)

Título de la obra: Un grito ahogado

Mención especial

Gabriel Darío Pascale

Delegación General Sectorial de las Fuerzas Armadas

Título de la obra: ***Oro Blanco***



1° Premio

Ernesto Ezequiel Chacón Oribe
Compañía Nacional de Danza Contemporánea de la
Dirección Nacional de Elencos Estables del
Ministerio de Cultura de la Nación.
Título de la obra: ***Cuando llegué, apenas lo conocía...***

Cuando llegué, apenas lo conocía...

—Yo estuve en Malvinas, defendiendo la patria. Y después, dos años en la Antártida. ¿Sabés lo que es eso? El frío, el viento, la noche. Solos. En el culo del mundo. Y lo hice porque era importante para todos los que seguían acá, en el continente; aunque ellos no lo supieran, aunque ignoraran que nosotros estábamos allá. Lo hice por todos esos que dicen ser argentinos y ni saben lo que eso significa. Pero sobre todo lo hice por tu madre y por vos. Por vos: ¡mi hijo, mi muchacho, mi futuro! El futuro de todo por lo que luché. Y ahora venís con esta locura... Decime. ¿Qué servicio a la patria puede hacer un bailarín?

Siempre es igual, me despierto antes de contestarle. Me quito los tapones de los oídos, prefiero el ruido ensordecedor de los motores del Hércules antes que volver a escuchar aquella pregunta de mi viejo. Lo último que me dijo, ya hace tiempo, me dejó marcado. Sacudo la cabeza para quitarme sus palabras. Olvidate de él, me repito. Pero no puedo. Desde que empezó este viaje el mismo sueño insiste en volver cada vez que cierro los ojos e intento dormir.

Hace tres horas que salimos de Río Gallegos. Tengo entumecidas las piernas y me duele la cintura porque mi respaldo es la espalda del soldado que está detrás de mí y no para de moverse. Estar tanto tiempo sentados sobre cuerdas entretejidas no es bueno antes de una función, pero ya nos dijeron que por cuestiones climáticas vamos a bailar ni bien aterrice el avión. Apenas podremos estirarnos un poco y hacer alguna clase de precalentamiento. Lo importante no será si bailamos bien o mal; lo importante será la foto.

Mi compañera, Bettina, que está frente a mí, me pide que cam-

biemos de lugar porque ya no aguanta los dolores; está sentada sobre el botiquín de primeros auxilios (o al menos es lo que esa caja de hierro parece ser). Cambio mi respaldo movable por la dureza de su asiento. Lo bueno es que ahora tengo la ventanilla detrás de mí. Veo que volamos sobre enormes témpanos que flotan en medio del océano. Veo lo que mi viejo vio las dos veces que hizo este mismo viaje. Al final, después de todo lo que hice para alejarme de lo que él había diagramado para mí, termino siguiendo sus pasos.

El Hércules comienza el descenso y con mis compañeros nos tomamos de las manos. Aunque bailamos en los teatros más importantes e hicimos cientos de giras, nunca habíamos viajado en un avión militar, sin baño ni azafata, sentados uno frente a otro, rodilla con rodilla, en asientos improvisados que se hamacan con el movimiento de la aeronave. De pronto, sentimos un cimbronazo seguido de un temblor que provoca un “ruido rugoso”, como si hubiéramos aterrizado sobre ripio. La máquina desacelera más rápido que en cualquier otro vuelo que hayamos hecho. Uno de los militares nos pide que nos abriguemos porque se abrirá la compuerta de descarga. El frío entra al avión y confirmamos que ya estamos en la Antártida.

Soy uno de los últimos en bajar del Hércules. El viento polar cristaliza mi cara y me doy cuenta de que mi abrigo no es suficiente. Sobre la pista de aterrizaje de la base Marambio, hecha de tierra, piedra y hielo, nos recibe una larga hilera de militares que aguantan el frío con estoicismo porque alguien les ordenó hacerlo. Visten sus trajes naranjas, parecidos a los que llevaba mi viejo en las fotografías que me mostraba cuando yo era chico. Los veo y es como ver una película que ya me contaron: la vida militar se basa en la disciplina y los sacrificios. Sacrifican hasta a su familia para dedicarse “al servicio de la patria”. ¿Qué sabrán ellos sobre lo que quiere la patria?

El primer militar de la fila —un tipo alto y canoso, supongo que es el responsable principal de la base— me extiende la mano y lo saludo con la misma seriedad con la que saludaría a mi padre.

—Bienvenido a la parte más austral de nuestra Argentina—dice con una amable sonrisa que hasta parece sincera. Me sorprende. Y

me sorprenden todos los que le siguen que también nos saludan con sonrisas, apretones de manos y palabras de bienvenida como si fuéramos viejos conocidos, como si esto no fuera una visita institucional y de verdad nos estuvieran esperando.

De inmediato, nos guían por unas pasarelas que atraviesan el terreno hasta el edificio central de la base, que apenas es una casita naranja. Pero, al entrar, aparece un largo pasillo de casi dos cuabras de extensión que desciende en etapas. Las paredes están decoradas con fotografías de las dotaciones que año tras año han trabajado en esta base. En alguna de esas fotos debe estar mi viejo. Camino rápido y trato de no mirarlas.

El pasillo llega a un gran comedor donde nos esperan con un desayuno caliente. Todos los que integramos la comitiva del Ministerio de Cultura de la Nación –bailarines, personal de prensa y funcionarios– nos sentamos juntos. Con el café y la calefacción del lugar recuperamos la temperatura. Todos hablan del frío, el viento, los témpanos y de lo increíble que es estar acá, tan lejos de Buenos Aires. Alguien vaticina que lo que dice aquel cartel, donde parece estar hablando la Antártida misma, será verdad: “Cuando llegaste, apenas me conocías... cuando te vayas me llevarás contigo”.

A diferencia de ellos, para mí nada es una novedad. Antes, papá siempre me contaba historias de este lugar. Hace mucho, cuando todavía me hablaba.

Después del desayuno nos llevan a la sala de conferencias. Allí nos dan una charla informativa junto a una serie de procedimientos. Muchas reglas para un día de estadía. Luego, el Comodoro Federico Vassallo, el que primero nos saludó al bajar del avión, ordena que varios integrantes de la base nos cedan sus equipos de frío, guantes, pantalones térmicos y rompevientos naranjas.

—No sé cómo vas a hacer. Estas ropas saben de mecánica aeronáutica. Ni un chamamé saben bailar, pero seguro que no te vas a congelar —me dice entre risas el militar que me entrega su equipo mientras me palmea la espalda.

—¿Y ustedes qué van a hacer sin esta ropa? —pregunto.

—A mí me toca ayudar en la cocina. Acá todos hacemos todo. Menos bailar. Eso les toca a ustedes —vuelve a decir entre risas.

Vestidos con las nuevas ropas, nos llevan afuera, donde el viento helado es un recordatorio constante del lugar geográfico en el que estamos. Llegamos a la puerta del hangar que tiene la palabra MARAMBIO escrita en su fachada. Éste será el telón de fondo de nuestro baile. Sobre la rampa de aluminio que será nuestro escenario, frente a todo el personal de la base y mientras los camarógrafos acomodan sus equipos, los bailarines improvisamos un precalentamiento para quitarnos el frío y las cuatro horas de vuelo en el Hércules. El personal de la base nos ve elongar, hacer equilibrios y saltar. Uno de ellos, un cordobés, confiesa que nunca había visto la rodilla de una persona pasar tan cerca de la oreja de esa misma persona. El comentario provoca risas entre militares y bailarines que, mimetizados con los abrigos naranjas, podría decirse que pertenecemos todos a un mismo regimiento o a un mismo ballet.

—Empecemos antes de que se venga la bruma —ordena el Comodoro.

No sé a qué se refiere porque el cielo está despejado. Imposible que haya bruma con este viento; pero todos obedecemos y nos preparamos.

El acto lo empieza Eliana Zanini, la jefa de gabinete de la Secretaría de Gestión Cultural que, tras los agradecimientos institucionales pertinentes, dice:

—En el Ministerio de Cultura de la Nación creemos que la cultura es una herramienta más para ejercer nuestra soberanía. Por eso hoy llegamos al punto más austral de nuestro país. Y vale mencionar que vamos a presenciar un hecho histórico para la Base Marambio y para toda la Antártida, ya que ésta es la primera vez que la danza estatal, la danza profesional, hará sus primeros pasos, giros y saltos en el continente blanco.

Un escalofrío me recorre entero. No había tomado conciencia de lo que estamos a punto de hacer. De pronto, siento el peso de toda la danza sobre nuestros hombros. Dejo de escuchar el discurso y por

mi mente pasan las caras de todos mis maestros, de esos grandes bailarines que merecerían ser los primeros en pisar este continente con su danza.

Los aplausos de los presentes me vuelven a la realidad. Ahora, el Comodoro Vassallo toma el micrófono y dice:

—Me sumo a las palabras de Eliana y agregó que, con verdadera alegría y emoción, recibimos la visita de estos artistas en nuestra Antártida Argentina, donde, año tras año, miles de hombres y mujeres trabajamos en las distintas bases para mantener nuestra soberanía en este territorio tan inhóspito y que, al mismo tiempo, sentimos tan nuestro. Y así como ya lo hacen los científicos, militares y familias antárticas, también es importante plantar bandera desde la cultura, desde el arte, y así reafirmar que la patria la hacemos entre todos. Por eso, y aún antes de ver el espectáculo que nos trajeron, les agradezco a estos bailarines, de corazón, y en nombre de todos los presentes, que hayan venido a mostrarnos un poco de su arte. Y así como sus huellas bailadas quedarán impresas en este continente —dice, pero ya no a las cámaras, sino que gira su torso y se dirige directamente a nosotros, los bailarines— esperamos que al volver a sus hogares ustedes se lleven en sus recuerdos un poco de nuestra querida Antártida.

Todos aplauden, pero no por compromiso o porque les ordenaron hacerlo. Asienten y sonríen como si las palabras del Comodoro fueran la expresión del pensamiento de cada uno de ellos; como si las palabras *soberanía*, *alegría*, *patria* y *familia* tuvieran un peso distinto en estas tierras y pudieran conmovernos de una forma muy verdadera.

Tal vez por un error de coordinación o no, antes de que se congelen los aplausos comienza la música y nos vemos obligados a entrar al escenario, a la rampa de aluminio. Aún aturdido por esas palabras, empiezo a moverme junto a mis compañeros y, aunque hacemos lo mismo que ensayamos cientos de veces, se siente distinto. No es el frío, ni el viento, ni estas camperas naranjas con las que cuesta moverse. Lo distinto son los ojos de esos hombres y mujeres que nos ven bailar donde ellos suelen trabajar.

Trato de concentrarme en la coreografía, en mi danza, en mis

compañeros. Me cruzo con Romina, con Sol y luego hasta Betty. Con ella giro dos veces y vamos al centro donde nos juntamos todos. Allí abrimos y cerramos el grupo como un corazón que se expande y se contrae en cada latido. Hernán, Pablo y Alexis me ayudan a levantar a Victoria que se eleva más que nunca hasta que entre todos la bajamos al piso con sumo cuidado. Mientras bailamos miro el rostro de mis compañeros y ellos también están diferentes. Pasa algo extraño. Esa conexión que los bailarines siempre buscamos crear entre nosotros, en cada función, hoy sucede sin esfuerzo, de manera natural. Tanto que pareciera que no es necesario pensar la coreografía. Sólo hay que soltar el cuerpo y dejar que la música nos mueva. Y así, nadando entre notas musicales, casi sin darme cuenta, llegamos al final.

El público antártico aplaude y nosotros, en vez de saludar inclinandonos hacia adelante como siempre al finalizar una obra, nos abrazamos. Necesitamos hacerlo. Algo nuestro se vació en esa coreografía y ahora necesitamos de los demás para volver a estar llenos. Y como si esto hubiera sido percibido por la gente a nuestro alrededor, muchos aprovechan la ausencia de un telón escénico y se acercan a felicitarnos, a darnos palmadas y a abrazarnos. Algunos son muy verborágicos, otros saludan de lejos y la emoción se les nota en los ojos. Una señora, de pelo largo y canosa, se acerca:

—Ustedes, con su danza, expresaron todo lo que se vive acá. Todo el sufrimiento, el sacrificio, el trabajo en equipo, las alegrías y las pérdidas que vivimos en este lugar. Con esos movimientos, cuando se alejaban o se abrazaban, podían decir todo eso que yo no puedo explicar con palabras. Me hicieron llorar. Me hicieron bailar con ustedes. Gracias. Gracias por venir.

Su voz quebrada y sus ojos llorosos, tan lejos del protocolo institucional al que estamos acostumbrados, me hacen creer, al menos por un momento, que esta gente necesitaba que viniéramos.

Ya es el tercer día que estamos en la Antártida. Ayer deberíamos haber vuelto a Buenos Aires, pero el Hércules que debía buscarnos no

pudo aterrizar ya que se levantó una repentina bruma y la pista no se veía desde el cielo. Si tenemos suerte, hoy, antes de que anochezca intentará aterrizar de nuevo y podremos volver a nuestras vidas; aunque no me molestaría quedarme unos días más. Acá las cosas son muy distintas. No hay tráfico, marchas de protestas o smog. Ni siquiera hay rostros anónimos, de esos que se ven una sola vez. Acá, las personas que me saludan al cruzarme por casualidad en una pasarela son las mismas con las que comparto el almuerzo y me cuentan de su familia en Chaco o me piden recomendaciones de estudios de danza para una hija que está en Buenos Aires y quiere bailar. El viento antártico abre el apetito, suelta la lengua y predispone los oídos. Todo es igual a lo que contaba papá y muy distinto a como yo lo imaginaba.

Todavía faltan tres horas para que llegue el Hércules. Nuestros bolsos ya están congelándose sobre un pallet, en la pista de aterrizaje. Estamos en el comedor, enviando mensajes, compartiendo entre todos la poca señal de internet que hay. Hace diez minutos que trato de comunicarme con mamá, pero es imposible. Salgo del comedor y camino por el pasillo donde están las fotos de todos los que estuvieron trabajando en este lugar. Cada foto tiene una plaqueta con el número de dotación y año de internada. Sé qué foto debo buscar y la encuentro: Dotación XXXVI – Internada 2004/2005. No me cuesta encontrar a mi viejo entre tantas camperas naranjas. Él me mostraba la misma foto cuando hablaba de sus misiones.

Lo veo joven, con apenas unas canas, el mentón levantado y esa sonrisa interna que traspasa la seriedad de su rostro. Está donde quiere estar, en su casa de hielo y viento, junto a sus amigos, a los que apenas conozco por esta vieja imagen y por las historias que mi viejo me contaba. Pero también vuelven sus largas ausencias y su decepción al descubrir que tenía un hijo bailarín.

—¿Preparado para volver?

Me giro y descubro al Comodoro Federico Vassallo.

—Sí, tenemos funciones en Buenos Aires y...

—¡Qué bueno! ¿Lo que bailaron acá también lo van a bailar allá?

—Sí, tenemos programada una gira por todo el país.

El Comodoro sonrío. Pareciera que quiere decir algo, pero duda. Entonces se da cuenta de que vi su intención de hablar. Vuelve a sonreír y dice:

—No sé si ustedes llegan a entender la importancia de lo que hicieron. Acá, en la Antártida, y sobre todo en invierno, cuando la noche parece eterna, se siente mucho la distancia que hay con nuestras familias, nuestra gente, nuestra tierra. A veces, hasta nos sentimos olvidados —se le pone ronca la voz, traga saliva y se arregla la garganta con una tos suave—. Por eso, que ustedes hayan traído su baile, el mismo baile que van a mostrar allá, fue muy significativo para todos nosotros. De alguna manera, nos hicieron sentir en casa. Fue una linda forma de decirnos que no se olvidan de nosotros.

Le sonrío, me dan ganas de darle unas palmadas en la espalda, pero no me animo...

—Lo nuestro fue poca cosa. Bailamos, nada más. En cambio ustedes... ustedes hacen patria —le digo y muy a mi pesar siento que estoy repitiendo las palabras de mi viejo.

—Te equivocás. Ustedes nos hicieron vivir algo distinto, algo que seguramente recordaremos y nos dará tema de conversación cuando venga el invierno. A veces, en la soledad fría y blanca, apenas tenemos eso: recuerdos y conversaciones. Por eso digo que cada vez que los recordemos, ustedes estarán haciendo patria con nosotros. Te lo puedo asegurar —y me palmea la espalda.

Me hubiera gustado que papá escuchara eso, que con mi danza también estoy haciendo patria. Y es inevitable, otra vez miro la foto.

—¡Epa! Veo que me descubriste —dice el Comodoro, de pronto.

—Perdón, no entiendo.

—Acá —y señala a uno de los hombres más jóvenes en la fotografía de mi viejo. Afino la vista y lo reconozco—. Estoy un poco diferente, pero sí, soy ese. Hace casi veinte años de esa fotografía. Fue mi primera internada. Me cuesta mirar esa foto, hay muchos amigos

que... Pero la pasamos bien —y se ríe—. Mirá, éste era el más grande de todos nosotros. Le decíamos El Zorro —dice señalando al hombre que está junto a mi viejo. Lo conozco. Papá siempre hablaba de él—. Tenía una anécdota con una chimenea... pero no la puedo contar. Soy malo para esas cosas —el dedo del Comodoro se corre y ahora señala a mi viejo—. Y acá al lado está El Papi. Entre los dos hacían reír a toda la base. Muy buenas personas, los dos. Buenos amigos.

—¿El Papi? ¿Le decían El Papi?

—Sí, no paraba de hablar de “su muchachito”. Estaba orgulloso de él. Tenía la ilusión de que algún día, cuando fuera grande, el pibe también pudiera hacer patria en la Antártida. La última vez que hablé con él estaba triste porque se había peleado con su hijo. No sé qué será de su vida ahora...

Miro a mi viejo y una antigua angustia se me aloja en la garganta. Pero es su amigo, lo tiene que saber. Casi afónico le digo al Comodoro:

—Murió de cáncer. Y es cierto, era una buena persona.







Pablo Fermani, Bettina Quintá, Ernesto Chacón Oribe, Victoria Hidalgo, Hernán Nocioni, Romina Fabretti, Alexis Ledesma y Soledad Diz.



Fotos cortesía de Kaloian Santos Cabrera.



2° Premio

Enrique Francisco Capdevielle
Ministerio de Seguridad de la Nación

Título de la obra: ***Nafragios***

Nafragios

Enrique Francisco Capdevielle

La noticia no representaba ninguna novedad para ella, pero la confirmación del fin del ciclo lectivo, con su respectivo viaje de vuelta a la capital la había golpeado como una sorpresa desagradable. Se quedó unos instantes procesando la información de fechas y plazos que le comunicaba el Mayor Corbalán hasta que la digresión de sus pensamientos hizo que dejara de escucharlo. Cuando su mente volvió al presente sólo alcanzó a oír el final de una protocolar alocución.

–...donde podrá tomar el vuelo que partirá desde el Aeródromo para transportarla de regreso al continente.

La maestra miró al militar y sonrió diciéndole como si se tratara de uno de sus alumnos:

– Le recuerdo que ya estamos en un continente. Será que me trasladan al otro, a la Argentina americana, ¿no es cierto?

El Mayor sonrió con ganas. Aquella corrección lo acarició en su patriotismo que, como oficial del Ejército, siempre procuraba llevar a flor de piel. Y por saber leer ese tipo de cosas Rosario se había ganado la simpatía de los militares con quienes convivía. Además, era parte de su trabajo antártico advertir la soberanía nacional en los más recónditos rincones de la cotidianeidad.

La joven tomó sus cuadernos y salió. El viernes terminaba y esta vez no le había quedado nada pendiente ni tenía tareas que corregir. Sin embargo, como siempre, el trabajo la acompañaba en mente y espíritu. Suspiró extrañando ya a los niños, sus tres alumnos, hijos de dos matrimonios de investigadores que estaban viviendo allí. Caminó bajo el infatigable sol primaveral, con sus agradables dos grados (¡sobre cero!), hacia la cocina para prepararse unos mates reflexivos. Mientras

el termo con una calcomanía que rezaba “Salta, la linda” esperaba el agua caliente, su mente en la ventana deambuló por el horizonte azul de un mar que parecía infinito.

El crepúsculo era el único alivio para los ojos cansados de tantas horas de luz, aunque, sabía, no duraría mucho hasta el pronto amanecer en el mar. Esa noche (si se la podía llamar así) el almirante se dispuso a garabatear algunas notas en su diario de viaje para intentar persuadir al sueño que le estaba siendo esquivo. Reprodujo en su cabeza la sucesión de acontecimientos de las últimas jornadas buscando material para sus apuntes, aunque sabía perfectamente qué era lo que quería contar. “Como si nos sobrase tiempo para andar desviándonos tanto”, pensó. “Estos mares con sus vientos parecieran ser comandados por el mismo Mefistófeles”. La pluma quedó en el tintero junto al candil y se distrajo mirando por la ventana al sur, único punto furtivo de la luz de un sol caprichoso que se negaba a irse. Las tinieblas sobre el océano lo sobrecogieron y de repente reparó de nuevo en el frío que hacía. Se apretó los brazos y se dio cuenta de que su embarcación, pretenciosamente *Hércules*, no era más que una cáscara de maní deambulando por los reinos de Poseidón y el Hades ¿O qué otro dios podía mandar en esos parajes olvidados por el tiempo? Una sensación vertiginosa lo capturó y quedó absorto sin poder apartar la vista del horizonte negro, confundiendo por un instante el lugar que su propio cuerpo ocupaba con aquel adonde sus ojos lo llevaban.

– ¡Señor capitán, le traigo los cálculos de la navegación, señor! El almirante volvió en sí con un sobresalto. Dio media vuelta y vio al viejo oficial de navegación firme junto a la puerta. Lo miró a los ojos y antes de recibir los papeles en mano le agradeció. El hombre, ya mayor, le hizo la venia y se disponía a marchar cuando su superior lo detuvo.

– Un momento, oficial Perarnau. Por favor, descanse un momento y tómese un trago conmigo.

– Sí, mi capitán.

El hombre sirvió dos vasos de cognac y le alcanzó uno a su cano subalterno.

– ¿Cómo se encuentra usted, Perarnau? ¿Cómo ve a la tripu-

lación? Un lindo susto nos llevamos.

– Ahora más tranquilos, señor. Pero aún con incertidumbre. No sabemos qué hay por estos mares, aunque evidentemente los vientos son más mañeros de lo normal, si me permite la expresión. Yo en lo personal temí lo peor.

– Lo entiendo. En Martín García me las vi negras también, pero eso era durante una batalla. Menos temo a los hombres que a los designios del Creador...

– Usted es un hombre de fe y me sabrá entender. Algo aprendí en mis años de devoción, señor, y es a confiar en los designios divinos. Recuerde a Cristo con los apóstoles en medio de la tormenta en el mar. Ellos estaban aterrorizados, pero él los reprendió por su falta de fe... Mire cómo se calmó el viento ahora, pareciera que repetimos la historia. El Almirante asintió y tomó los papeles. Los estudió un momento y tuvo que leer varias veces para asegurarse que lo estaba haciendo bien, porque no podía dar crédito a la posición en la que se encontraba su fragata. Luego volvió a mirar por la ventana y de nuevo sintió el vértigo de lo desconocido, que lo llamaba como una sirena. Cerró los ojos y apartó la vista, como si se resistiera a la manera de Ulises.

– ¿Qué tal anda ese sextante, Perarnau?, 65 grados de latitud sur es mucho.

– Créame que me sorprendió tanto como a usted –respondió el oficial–. Rehíce varias veces los cálculos, hasta utilicé mi viejo astrolabio (no me fío tanto de estas herramientas modernas), pero lo mismo. No se me ocurre que pueda haber algo incorrecto –se detuvo y también miró el sur por la ventana –Y el mar continúa.

Ambos quedaron en silencio unos momentos. Entendían que, si bien no deberían tener problemas para retomar su ruta hacia el Pacífico, estaban navegando por aguas vírgenes, con lo cual cualquier recaudo extra que pudieran tomar nunca estaría de más. De pronto, se sintieron observados desde la lejanía donde yacía calmo un abismo helado.

–Es usted un hombre sabio, Perarnau. Aunque mucho me temo que si el viento se detuvo fue más que por un pedido de Cristo, como en Marcos. Siendo tan meridional nuestro desvío, me pregunto si no nos hemos alejado tanto de la tierra para encontrar otra. ¿Será que

Dios nos tiene reservado un Nuevo Mundo más, uno que nos libre de ser náufragos?

De pronto, se escuchó un grito desde afuera del camarote:

– ¡Capitán! ¡El bergantín Trinidad perdió el tajamar!

Rosario le devolvió la mirada al océano y tomó el último mate sin apuro. La resolana teñía de gris la costa adyacente a la Base Esperanza, adonde había llegado a principios de ese año. Aún le duraba la alegría de hacía apenas unos meses, cuando la Argentina se coronó campeona del mundo. Y aunque tuvo dificultades para seguir en directo por radio la mayoría de los partidos, no se arrepentía de su hibernación. Le servía. Le sirvió alejarse un poco de todos los quilombos de Buenos Aires, de su vieja, su hermano, del fantasma de su viejo, del hijo de puta que le alquilaba aquel dos ambientes como si fuera una casona amalfitana con vista al mar y no era capaz de reparar la humedad de las paredes. Sabía que un poco se estaba escapando de todo eso y que, tarde o temprano, volvería para darse cuenta de que nada estaba resuelto, que todo había quedado en pausa, ahí, esperando su regreso. Pero en verdad sabía que no era sólo eso. No solamente se trataba de una huida de la gran ciudad. En este lugar nuevo había encontrado algo. Más que una negación de la vida que llevaba, la de ahora era una afirmación. Deseaba este mundo blanco. Y así como sabía que pronto habría de volver, se dio cuenta de que su pesar no era tanto por volver a Buenos Aires sino por dejar la Antártida. Había aprendido a amar ese mundo colmado de carencias. La diaria era ardua en los meses de luz, y en invierno mejor ni hablar. Las personas que la rodeaban eran en su mayoría militares, y en su grandísima mayoría, hombres. Y, para peor, despreciaban el fútbol por considerarlo un entretenimiento para bestias, aunque, por suerte (y por insistencia), apelando al nacionalismo castrense, Rosario consiguió despertarle a más de uno un ligero interés por el mundial, que se incrementó conforme fueron pasando los partidos, sobre todo después de aquel contra Inglaterra en el que, por primera vez, la maestra vio al Mayor Corbalán perder los estribos y gritar el segundo gol argentino con un desahogo de años. Por cosas como esa, ella se fue aquerenciando. Se sentía ubicada en el mundo, y por eso podía tomar mate mirando el mar, sabiendo que bajo sus pies se extendía el planeta entero.

El Gringo la despertó de sus ensoñaciones diurnas. El perro, convertido a la postre en uno de los últimos ejemplares de la raza de polares argentinos que hubo, le fue asignado al llegar como parte del

acervo de subsistencia, junto con su habitación y su ropa de abrigo polar. Era un cachorrón de apenas un año que no tenía nombre y al que ella misma bautizó como su ídolo de adolescencia y el de su padre, el Gringo Scotta. Si había muchas razones para quedarse, todas podían ser obviadas con sólo tener en cuenta al Gringo. El perro la sacó de su letargo con un golpe de cabeza que pedía amor. Rosario lo abrazó, lo besó y después de frotarle la cabeza con ambas manos, tomó el equipo de mate y volvió al refugio. Un instante antes de guarecerse entre las paredes anaranjadas divisó a lo lejos la antigua choza de los suecos. No pudo evitar pensar en Sobral.

Abrió los ojos y era noviembre de nuevo. Había luz, pero no sabía qué pensar. El Dr. Nordenskjöld, jefe de la expedición científica, había traído novedades fuertes. La cuestión era así: en febrero del año anterior (casi dos años atrás) el alférez José María Sobral, único argentino del grupo, había sido enviado por el mismísimo Roca a representar al país en lo que era una investigación pionera a la Antártida. Se suponía que pasarían un invierno recabando información de interés multidisciplinario sobre el continente más inexplorado por la ciencia. El problema fue que, pasado un año, el vapor sueco *Antarctic* nunca volvió a buscarlos. Lo que en un momento había sido preocupación se convirtió, con naturalidad, en desesperación. El abandono, el desamparo y todo eso. Y, por supuesto, el miedo. El miedo de que lo peor es inevitable pero aún no llegó. El vacío de la espera no satisfecha, que, a su vez, provoca más miedo. Pero en determinado momento ese desasosiego tuvo que interrumpirse para pensar. Nordenskjöld reunió a los del grupo y planteó la situación: había que prepararse para pasar otro invierno allí. Y así lo hicieron. Cazaron a mansalva para sobrevivir. Ahora era noviembre de nuevo. ¿Y el *Antarctic*? ¿Vendría ahora o en febrero? ¿Vendría?

Cerró los ojos y se recordó a sí mismo dos meses atrás, que es casi lo mismo que decir un siglo atrás. Mirando la luna en la noche eterna pensó que a lo mejor él era un lunático observando la Tierra desde el astro blanco. “Sólo sé que no estoy en la luna porque acá hay aire”, había pensado Sobral. Sí, tanto aire que daba la sensación de que aun enterrándose vivo seguiría sintiendo el acoso constante del viento. No era la luna, pero realmente se sentía en otro planeta. Hacía tiempo que no reconocía el mundo. A duras penas se reconocía a sí mismo en el espejo, con la cara negra de grasa, la barba de mil eras crecida como Matusalén, la piel destruida por la escarcha, y el pelo vuelto una gran galleta de pelusa. Un lunático cualquiera. Miraba a su alrededor y

sus compañeros eran cosas parecidas. Espectros que solían ser hombres. Mudos, a esta altura. Apenas poco más que estufas vivientes con quienes compartía un lecho duro, apelmazados todos bajo el algodón y toda la ropa que quedaba en la faz de la tierra, que no era mucha. Todos lunáticos prisioneros de la vastedad. No había nada. Estaban como perdidos en una dimensión paralela. Quizás había muerto y esto era una especie de purgatorio. “¿Seguirán existiendo los caballos? ¿Y los pianos?”. Hacía cuánto no escuchaba el sonido de los vasos herrados contra los adoquines ni ningún tipo de música. Recordó los corsos de su ciudad, tan íntimamente presentes en su piel, pero, a la vez, tan lejanos en el recuerdo. Como un sueño extraño. Todas las cosas que creía cotidianas y obvias ahora parecían producto de un prodigioso ejercicio de fantasía. Nunca en el mundo existió nada más que las cinco caras macilentas y malolientes que subsistían con él, realizando trabajos inútiles. Absurdas mediciones meteorológicas. Monitoreos astronómicos sin sentido. ¿Ante quién debían rendir cuentas con las planillas que se pasaban completando mientras se encontraban en medio de ese no lugar, de ese hiato de la existencia? Eso no importaba para los suecos. Lo importante era continuar el trabajo. Lo importante era el trabajo en sí. Cumplir por el hecho de cumplir. Estaba bien así, pensó Sobral. Tal vez fue eso lo que le permitió no enloquecer. Lo que le permitió abrir los ojos nuevamente un noviembre y encontrarse con que Otto Nordenskjöld traía novedades fuertes.

– Nos encontramos con nativos antárticos -comenzó a relatar el sueco -Y, si bien nuestra misión es de paz, debo confesar que, al acercarme al que parecía el jefe de la cuadrilla local, apoyé mi mano en la culata del revólver.

Sobral no sabía si su compañero le estaba gastando una broma o ahora sí se había vuelto completamente loco. Nordenskjöld continuó: – Y bien, imagínese cuál habrá sido mi sorpresa cuando al intentar comunicarme con el aborígen, éste me saludó en sueco –y se hizo a un lado para descubrir tras él a Anderson.

Todos rieron, un poco por el alivio del reencuentro, y otro poco de los nervios que da la angustia. Resulta que aquellos nativos no eran tales, sino sus compañeros sobrevivientes del hundimiento del *Antarctic*, el barco que supuestamente los rescataría. Ahora entendían por qué no habían vuelto nunca. En febrero, en su intento por alcanzar la isla de Cerro Nevado, donde ellos se encontraban, el barco quedó encallado entre hielos para posteriormente hundirse lentamente en el mar de Weddell. Los sobrevivientes a duras penas habían podido armar un refugio

con lo que tenían para pasar la estación oscura. “Nosotros creíamos que estábamos mal”, pensó Sobral, “al final, en comparación, pasamos el invierno en un hotel 5 estrellas”. Prontamente (con la premura de algunos minutos), la alegría de volver a ver a sus compañeros y el estímulo de ver caras nuevas con quienes dividir el trabajo de sobrevivir dio paso a la frustración y la resignación de que, ahora sí, ya no valía esperar a nadie más.

Fue un golpe para Sobral. Si, luego de una eternidad en un aislamiento bajo condiciones extremas, la sola idea de que existiera el mundo tal como él recordaba era insólita, la puesta en duda de aquel mundo le facilitaba el precario consuelo de la resignación. Pero el reencuentro con sus compañeros fue un espejismo de esperanza escondiendo la más amarga desilusión, que en un mismo gesto le decía “todo lo que creías un sueño no lo es, pero es algo que tuviste y perdiste, y jamás lo recuperarás”.

Rosario se sentó a ver los dibujos de sus alumnos. En general, al ser pequeños, luego de alguna clase que suponía medio plomazo los dejaba divertirse con sus lápices de colores. Ella les contaba las historias de la Antártida Argentina, que consideraba fascinantes, y luego les daba hora libre para que pintaran los que más les había gustado. Y allí estaba el Almirante Brown andando por el peligroso Pasaje de Drake mientras divisaba a lo lejos la Península Trinidad, nombrada como un barco de su flota. O, por supuesto, el izamiento de la bandera argentina en las Orcadas del Sur, episodio obligado de estudio que significó la primera ocupación permanente de un Estado en el continente polar. Un gran motivo de orgullo para los uniformados patriotas.

A Rosario no le gustaba mucho esa cuestión nacionalista por la que abogaban los militares de la Base, sobre todo después de lo de Malvinas, en la que el patriotismo se volvió, más que nunca, un vil instrumento. Sin embargo, algo había en esos dibujos colmados de pabellones albicelestes que le permitía trazar un lazo, un vínculo identitario, entre todas esas historias ocurridas en un lejano confín del mundo y su propia historia. De alguna manera, esa tierra hostil e impiadosa fue haciéndose menos desconocida, las distancias se fueron acortando y ahora veía una continuidad que permitía pensar que este desierto blanco y la casa de su madre formaban parte de un mismo mundo. Un mundo en el que estaban aunadas cosas tan disímiles como una calcomanía comprada en Salta y un termo que mantiene caliente agua de glaciar; o el goleador de San Lorenzo de Almagro y un perro

polar; o los carnavales de Gualeguaychú y un tipo que fue uno de los primeros que sintió estos hielos bajo sus pies. ¿No había acaso un parentesco entre el Monumento a la Bandera de Rosario y el mástil de las Orcadas del Sur?

Un último dibujo robó su atención. Era el grupo de suecos vitoreando junto a Sobral la llegada del Capitán Irizar en su corbeta con la bandera celeste y blanca. No podía figurarse lo que debió pasar por la cabeza de aquel joven entrerriano cuando, contra todo pronóstico, volvió a escuchar una voz en argentino que le decía que ya no era un náufrago.

Rosario pensó que ella misma en la Antártida también había dejado de ser náufraga. Guardó los dibujos y sonrió.



3° Premio

Catalina María Fernández Rivero
Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires
Título de la obra: ***Mar de hielo***

Mar de hielo

“El hombre nunca debe contentarse con la victoria adquirida; el éxito no sólo no debe ofuscarlo sino que debe darle nuevo aliento para atacar lo más difícil, porque precisamente en eso se encuentra el placer de la vida”. José María Sobral, oficial argentino a bordo del Antartic

Gösta había despertado en la reducida habitación con la boca un poco pastosa por el líquido viscoso que se le escurría por una comisura del labio. Otra vez, se dijo a sí mismo, explotaban por el frío las conservas del atillo y goteaban sobre la cama. Estaba claro que no había sido suficiente impermeabilizar con brea las paredes de la cabaña.

La vivienda prefabricada y trasladada en el buque de vapor Antartic, si bien los había salvado de morir congelados, no llegaba a preservar los utensilios que quedaban esparcidos en el suelo. Las estalactitas se formaban por todas partes, porque el agua nieve se colaba por los resquicios. El filósofo del grupo expedicionario reflexionaba: por momentos, el mínimo habitáculo en el que vivían era una especie de casita brillante de cristales, y en otros, una negra humareda por la grasa animal con la que hacían el fuego para comer o calentarse.

La humedad que caía y el hielo sobre su bota abandonada en el rincón, lo ubicaron en tiempo y espacio. Corría el año 1903, y estaban hibernando en la isla de Cerro Nevado. Era su segundo invierno antártico, algo no contemplado en sus planes de viaje. Sin embargo, a pesar de cierta sensación de soledad que lo inundó igual que el frío, tenía plena fe en la llegada del capitán del buque expedicionario, Larsen, que había demostrado ser, en repetidas ocasiones, un marinero avezado. La isla de Cerro Nevado se encontraba al este de la costa de la península antártica, y había sido el lugar elegido por la expedición liderada por Otto

Nordenskjöld, el famoso geólogo, geógrafo y explorador polar sueco, para instalarse y proceder a realizar sus investigaciones científicas y de exploración del continente blanco. Recordó que habían calculado, la noche anterior en la sobremesa, que llevaban caminado alrededor de 600 km en torno a la isla.

Prestó atención a los ruidos enmarcados por el silencio antártico y escuchó a su compañero argentino, Sobral, rondando ya por el espacio común de la cabaña, que funcionaba como lugar de encuentro, sala de estar y escritorio de trabajo. El sueco Gösta Bodman, químico, mineralogista y meteorólogo, como figuraba en los papeles, responsable de las observaciones meteorológicas y magnéticas de la Antártida, se levantó despaciosamente y se acercó a la abertura más próxima. Nuevamente se asombró con el aspecto extraordinario que ofrecían los hielos, el mar y el cielo a sus ojos, una combinación de belleza y misterio que le atraía como un imán. A pesar de provenir de una Nación donde la nieve era parte de su vida cotidiana, en su imaginación, la Antártida pertenecía a una dimensión desconocida. Casi esperaba encontrarse con la famosa esfinge de los hielos, magnética leyenda que había popularizado Verne en su novela.

Luego, con mayor practicidad, se ilusionó con la perspectiva del café caliente en la sala. ¿O encontraría esa yerba extraña y de sabor amargo a la que estaba acostumbrado Sobral?

No se imaginaba que tres de sus compañeros expedicionarios, que formaban parte de los que habían quedado en el Antártico, y que debían buscarlos en un plazo de tiempo consensuado, intentaban llegar hasta ellos por tierra. Querían anunciarles que el buque no podía continuar su navegación por la conformación rápida de témpanos de hielo, cada vez más numerosos y gruesos. Iba a ser necesario reunirse con Larsen, el capitán del buque, en el lugar de desembarco posible, no en el estipulado.

Pero ellos tampoco llegaron nunca. El mar se extendía ante sus ojos y no había agua congelada en donde hacer pie y caminar hasta la isla.

Les quedaba la tentativa de rodear el lugar buscando tierra firme por donde continuar avanzando.

Gunnar, el segundo a cargo de la misión científica y de exploración, arqueólogo, paleontólogo y geólogo, estaba asombrado. Sentía cierto resquemor ante la perspectiva de que, si rodeaban por tierra el lugar para llegar a Cerro Nevado, el invierno con su rigurosidad, les impidiera alcanzar a sus compañeros de viaje y quedarán ellos también varados.

Tampoco se imaginaba que en ese mismo momento el buque amado, receptáculo de tantas esperanzas y aventuras, atrapado en los hielos, debía ser abandonado por los miembros de la expedición que quedaban a bordo por la ruptura del casco.

Finalmente Gunnar, atizándose el bigote a medias blanco por el agua nieve, y mirando la inmensidad también blanca con sus ojos profundos y claros, decidió que debían quedarse en Bahía Esperanza. Ante las inclemencias del clima cada vez mayores del continente blanco, tuvieron que improvisar una casita contra una roca, y utilizar el trineo dispuesto para el traslado, como protección. No preveía que pasaría a la historia como la Chozita de los Suecos y formaría parte de la base permanente de los argentinos, denominada Base Esperanza.

Luego del desembarco obligado, Larsen y los suyos, hacían lo propio en la isla Paulet. Improvisaban una vivienda de piedra para hibernar.

Muchos días después, en Cerro Nevado, Otto se encontraba internamente desesperanzado ante la eventualidad de tener que sobrevivir a un tercer invierno antártico, si bien lo reconfortaba el trabajo científico que venían desarrollando. Sin embargo, no dejaba de preguntarse si alguien podría utilizar provechosamente ese trabajo en el futuro. Lo más asombroso e interesante había sido el hallazgo en la isla Seymour de restos fósiles de animales prehistóricos. Especulaba sobre su posible significación: en otros tiempos, ¿la Antártida era distinta al extenso mar blanco de nieve que se extendía casi eterno ante sus ojos? Estaba re-

buscando café en la mínima cocina, cuando escuchó un ruido afuera, que no parecía provenir de los pingüinos, señores de la isla, convertidos en alimento improvisado para todos los expedicionarios. Cuando asomó la cabeza, casi creyó estar soñando. Tres figuras ennegrecidas, de cabellos rubios enmarañados, lo observaban sonrientes, si se podía llamar sonrisa a ese intento de mueca congelada.

Caballeros – gritaba, casi riéndose. Los tres compañeros que casi mueren en Esperanza habían logrado llegar al punto de encuentro, pero las noticias que traían no eran buenas. El Antártico estaba prisionero del Mar de Weddell, como les pasaría a tantos en ese misterioso mar inexplorado, donde todo, pero sobre todo los bloques de hielo, eran engañosos. Una garra helada en ese mundo helado aprisionó el corazón de los cuatro de Cerro Nevado. Hasta el corazón del entrerriano Sobral se enfrió.

Como un soplo pasó por su mente ese relato horroroso del poeta estadounidense Poe, el relato de los sobrevivientes de la expedición de Arthur Gordon Pym, sin imaginarse que el relato se volvería cruda realidad para tres ingleses perdidos como ellos lo estaban ahora en el continente blanco. Pero sus jóvenes veintiún años lo hicieron volver rápidamente a la realidad y abandonar la frondosidad de sus pensamientos. Estaban vivos y eran fuertes, no estaban entonces vencidos. Sólo se había tornado un poco más complicada la situación ya de por sí compleja.

Recordó como un pantallazo los distintos eslabones que lo habían traído hasta ahí: el pedido expreso del presidente Roca a la expedición sueca de incluir un oficial de la Armada Argentina entre sus filas, su hasta ese momento nula experiencia polar, las órdenes recibidas de informar sobre todos los detalles y descubrimientos científicos, su dificultad con esa lengua extraña de resonancias abruptas, y el descubrimiento, como todos los antárticos, del amor que sentía hacia el continente inhóspito. Le parecía un sueño su vida anterior, no esa historia extraordinaria donde estaba empezando a construir sin saberlo el sueño antártico de la Argentina.

Pero enseguida primó la necesidad de acoger a los cansados miembros

del intento de rescate por tierra, porque aún en su situación precaria tenían mejores condiciones de comida y abrigo que los recién llegados, que no habían esperado tener que hibernar en esas espantosas condiciones. El té caliente supo a miel en los labios reseco de Gunnar y sus compañeros. El filósofo de Cerro Nevado, Gösta, reflexionaba sobre las vicisitudes del viaje con aire ausente. Seguramente en el continente americano, la preocupación por la suerte de la expedición crecía al ritmo de la tardanza, al igual que en su Patria.

El gobierno argentino si bien no tenía experiencia en el rescate polar, no iba a esquivar el bulto, a pesar de la probable operación que había anunciado el gobierno sueco. Mientras la ayuda europea se demoraba, elegía oficiales altamente capacitados; no para esa búsqueda que iba a ser iniciadora de la larga serie de rescates argentinos en el continente blanco, pero sí capacitados en la vida marina y en aventuras complejas, al tiempo que acondicionaba lo mejor que podía la corbeta Uruguay para transitar zonas de hielo.

En la isla Paulet, Larsen junto a sus compañeros, en su improvisada casa de piedra, pensaba que quizá debería ponerse también en marcha a Cerro Nevado con un grupo. La caza de la fauna antártica también a ellos los había salvado de la muerte por inanición, pero no podían seguir inmóviles esperando una ayuda que seguramente no llegaría hasta la primavera. Cada tanto pensaba en el volcán apagado que mantenía sin hielo un sector de la isla. Rezaba para sus adentros que no se le ocurriera reponer su actividad nuevamente justo en ese momento. Esa imagen lo hizo añorar el calor del fuego. No todos, pensaba, habían sido salvados. A Ole habían tenido que enterrarlo en ese lugar, en una tumba improvisada, porque no había resistido el cruel invierno antártico. Pero Larsen era un hombre de acción, no de largas palabras, así que decidió partir con otros hacia la isla de Cerro Nevado.

En Argentina, Julián Irizar, se preparaba para la misión más difícil de su vida, encomendando el viaje a todos los santos. Quizá por eso no sufrieron percances en su avance con la Uruguay hacia Cerro Nevado. Pero luego de dos años, hasta él dudaba sobre qué iban a encontrar en su arribo. Quizás parte del corazón que ponía en esa misión tenía

que ver con el peso que sentía sobre su espalda a raíz del hundimiento del torpedero Rosales, en Punta del Diablo, en el Uruguay, cuando recién iniciaba su carrera en la Armada. Ese día nefando donde murió la mayoría de la tripulación en el naufragio. El recuerdo de su compañero supuestamente devorado por los lobos marinos en la costa, la muerte de sus camaradas marineros, la polémica en torno al juicio de los oficiales por el abandono del barco, la detención. Si bien él no era quien mandaba, y caminó hasta el faro Polonio en busca de ayuda para los suyos, el fantasma de ese día le perseguía por las noches. Solo los actos de heroísmo, que sabía era capaz de realizar lo libraban de la pena. El viaje de ida fue sereno. Y cuando arribaron a la isla, los sorprendió ver la cabaña prefabricada con claros indicios de estar habitada. De pronto, un sueco enorme con una sola bota puesta se asomó con cierta desconfianza en los ojos. Claro, nunca habían esperado ayuda de manera tan perentoria. Casi al mismo tiempo llegaba Larsen con los suyos a pie, y se sorprendía también con la presencia de la corbeta Uruguay. El retorno, pasando primero por Paulet, para recoger al resto de los miembros de la expedición, no fue fácil. Parecía que todas las tormentas antárticas, que les habían dado paso en la ida, se coaligaban en su regreso para hundirlos. Una en particular los hizo escorar peligrosamente y estuvo a punto de ganarles la pulseada y echarlos a pique. Pero todo fue pagado con creces ante la recepción del pueblo, que celebraba en las calles la hazaña argentina. Suecia nunca había llegado.

Por el amor antártico Sobral renunció a su amor por la Armada, mientras el científico sueco valiente se encontró con la noticia de que le adeudaba a su gobierno los gastos de la expedición que no había llegado a rescatarlos por la eficacia argentina. Pero esas paradojas de la historia no ensombrecen la verdadera historia: la de los científicos que querían explorar cosas nuevas y la de los arrojados hombres argentinos que fueron en su búsqueda. Julián Irizar se terminaba de labrar un nombre y un prestigio al que se mantendría fiel durante toda la vida. Casi cien años después, el nombre Irizar iba a seguir hendiendo las aguas transparentes del mar de Weddell, pero ya en forma de barco

rompehielos e iba a hacer famoso para siempre al hombre que se lo había ganado a pulso. Tuvo que salir en rescate humanitario muchísimas veces, pero particularmente una iba a pasar nuevamente a la historia por su extrema peligrosidad. El Magdalena Ordenloff, buque alemán perteneciente a Rusia, corría el riesgo de quedar atrapado en la marea de témpanos, y su capitán Dikiy procedió a resguardar el buque en la Bahía de Muskegbukta.

Esta vez, en lugar de Irizar, marchaba hacia los hielos el capitán de fragata Héctor Luis Tavecchia. El equipamiento era mayor. La tecnología ha avanzado en favor de los hombres. Dos helicópteros Sea King hacen de apoyo al rompehielos y alcanzan comestibles y combustible al buque alemán. Se realizan ya los vuelos glaceológicos que les van cantando dónde y cómo están los hielos, tarea fundamental en el mar de Weddell.

Beatriz Lorenzo es la glacióloga que vía satelital y sobrevolando el mar en los helicópteros define las posibles vías de avance. Recuerda su propia experiencia como prisionera de los hielos. La fría inmensidad que afrontó durante dos largos meses, la ausencia sentida de sus hijos y la duda sobre si el retorno sería posible. Le dice a sus compañeros que el mar de Weddell es imprevisible. Es una masa de agua pariendo hielos que no figuran en los mapas.

El capitán Tavecchia también lo ha avisado: “No podemos asegurar nada. Es una misión riesgosa, nosotros mismos podemos quedar atrapados”. Van a hacer algo que jamás se hizo antes de esta forma, avanzar en medio del invierno polar. Saben que quedan 19 marinos esperando para ser rescatados, porque los científicos y parte de la tripulación del Magdalena ya han sido evacuados. La expedición lleva un nombre de reminiscencias simbólicas: Cruz del Sur.

Las condiciones son difíciles: hay 30 grados bajo cero, las tormentas de nieve son frecuentes, cuatro horas de luz, y el mar misterioso de Weddell que se va transformando en un Mar de hielo.

Cuando llegan después de un lento avance, primero más fácil por el hielo joven, pero luego cada vez más complicado, deliberan con los otros, con los marineros varados, y deciden salir en fila india a buscar

lugares por donde navegar y volver. Sin embargo, si bien el rompehielos argentino lo va logrando, el Magdalena no tiene la misma capacidad de maniobra. Finalmente deciden refugiarse e hibernar. Un oficial médico argentino se quedará con ellos.

Y el buque que lleva el nombre de ese glorioso capitán, otrora protagonista de una de las más famosas operaciones de rescate, vuelve despacio. A medida que se acerca al Ecuador, la luz que se alarga alborozca el corazón de los tripulantes. También como en otros tiempos, vuelven a salvo de ese continente blanco, que ya forma parte de la vida de tantos argentinos y argentinas, luego de completar la misión de abastecer al Magdalena. Los antárticos regresan, pero un lazo invisible los sigue atando para siempre a la patria blanca. Como a Sobral, como a Irizar, como a Leal, como a tantos protagonistas de nuestra historia antártica. El que ha contemplado la magnificencia del continente antártico lleva los ojos deslumbrados y el corazón unido por líneas invisibles al Polo Sur.



4° Premio

Silvana Andrea Nabte

Secretaría de Deportes -

Ministerio de Desarrollo Social (Santa Fe)

Título de la obra: ***Relato de una crónica inesperada:
Perdido en el Glaciar***

Relato de una crónica inesperada: Perdido en el Glaciar

Antártida es una tierra inhóspita donde el peligro ronda hasta en los sueños. Sin embargo, ninguna de las veintisiete personas que invernamos en Base Carlini imaginamos lo que ocurriría ese sábado 26 de agosto del año 2017.

Mi puesto es el de conductor motorista de ejército y Jefe de la Sección del Taller Mecánico de internada. Aquella mañana me levanté e higienicé y me dirigí a la Casa Principal para prepararme un té. Mientras desayunaba sentado en un sillón, esperé las órdenes del Jefe de Base para ir al glaciar en busca de la carga que venía desde Base Marambio. Me encontré con el logístico de la Dirección Nacional del Antártico, él también estaba afectado a esta actividad al igual que el enfermero, uno de los meteorólogos y el Jefe de Base. Cada uno en su especialidad quedamos a la espera de novedades del Twin Otter, la aeronave que traía la carga.

Una hora más tarde, recibí la orden del Jefe de Base de que alistara todo lo necesario para el glaciar. Fui hasta mi alojamiento, la Casa Nueva, entré a mi habitación y tomé el mameluco, una prenda rellena de plumas, muy abrigada y especial para la ocasión. Me cambié el atuendo y me dirigí al taller a preparar las motos de nieve, revisé el combustible y me aseguré de que todo estuviera en condiciones para emprender el viaje que estaba previsto para las 12:00 del mediodía. En un momento sentí correr una brisa fresca, salí del taller y percibí un viento frío en mi rostro. Por mi mente pasó un pensamiento fugaz de que tal vez estaba soplando un poco más fuerte en la cima del glaciar.

Cerca de las 12:29 horas salimos en cuatro motos, el camino se transitó sin problemas. Llegamos a la cima del glaciar, el viento empezó a soplar con más intensidad de lo que se sentía en la Base y se había puesto muy frío. No pudimos armar la pista para que anevizara el Twin Otter que ya estaba sobrevolando la zona. No lo podíamos ver, aunque sí lo podíamos escuchar. Para guiar a los pilotos prendimos bengalas de humo naranja, pero el viento disipó la señal demasiado rápido y no alcanzaron a divisarla. El Jefe de Base se comunicó por radio con los pilotos del Twin Otter y pidió que suspendieran la maniobra de aterrizaje, la visibilidad era casi nula. El pedido fue reiterado, sin embargo, hicieron caso omiso al pedido del Jefe. De repente teníamos la aeronave encima de nosotros, fue la primera maniobra que hicieron para chequear dónde nos encontrábamos y de esta manera tener una referencia a la hora de aterrizar. El Twin Otter volvió a levantar vuelo, se perdió de vista y en el segundo intento aterrizó a cincuenta metros de las motos. Nos quedamos mirando unos a otros y muy sorprendidos de que la aeronave anevizara dadas las condiciones climáticas imperantes. Los tripulantes de la nave se acercaron hacia nosotros con el motor de la antecámara, fue lo primero que descargaron, y en ese orden fuimos colocando la carga sobre el trineo que jalaba una de las motos, no había tiempo que perder. Luego bajaron unas encomiendas y por último descargaron el motor de la cámara frigorífica. Dado que no había quedado espacio en el trineo para colocar el motor, se dejó en el glaciar para buscarlo en un segundo viaje. El Twin Otter despegó lo más rápido posible y se volvió a perder de vista a los pocos metros de elevación. Nos aseguramos de que la carga en el trineo estuviera bien amarrada mientras que el Jefe de Base tomó las coordenadas geográficas de la ubicación del motor. Subimos a las motos y emprendimos el viaje de regreso.

Llegamos a la Base cerca de las 02:00 pm, el Jefe pidió ayuda al resto de la dotación para bajar la carga del trineo. Luego fui hasta mi habitación a cambiarme los guantes y el gorro por unos secos. También cambié el buff que usaba para cubrirme el cuello y la boca, se había congelado y adherido a mi hirsuta y crecida barba de ese momento.

Me abrigué un poco más el cuerpo para afrontar el segundo viaje que ya se percibía un tanto complejo. El logístico también sintió la helada en el glaciar por lo que fue a su alojamiento a cambiarse el abrigo y tomó prestada unas antiparras, porque las de él se habían roto. Con ese pequeño refuerzo volvió a la moto a la espera de las órdenes del Jefe de Base. Mientras tanto, se quedó observando a los dos cocineros cambiando las garrafas de gas y a la vez comentó que en ese corto espacio de tiempo que se empleó en hacer la descarga, el clima había empeorado. Le preguntó al Jefe de Base si seguía en pie la orden de ir al glaciar y recibió un sí rotundo. El motivo de no suspender, a pesar de las condiciones climáticas, fue porque el motor para la cámara frigorífica que quedó en el glaciar era la carga más importante. Hacía varias semanas que habíamos entrado en emergencia, la temperatura de la cámara se había elevado notoriamente y existía una alta posibilidad de que se echaran a perder los alimentos congelados que allí se preservan para el resto de la internada.

Uno de los cocineros pidió colaborar y con este accionar buscó además despejarse por un momento, dado que se pasaban casi todo el día trabajando en la cocina cumpliendo con su labor. El Jefe de Base dio el visto bueno y emprendimos el segundo viaje hacia el glaciar en busca del motor. El cocinero fue en reemplazo del meteorólogo. En el camino la velocidad del viento aumentó un poco más, la visibilidad era baja, pero se logró llegar a la carga con ayuda del geolocalizador. Nos llevó unos diez minutos cargar el motor, suficientes para que se complicara aún más el tiempo, se sentía como una cortina blanca de cristales que impactaba frente a nuestros ojos.

Estábamos listos para el regreso, le di unas indicaciones precisas al logístico de cómo tenía que salir con las motos y una vez que los vehículos tomaran envión teníamos que ir juntos, sin alejarnos uno de los otros. Salimos del glaciar, yo me ubicaba último en la fila, el Jefe de Base al frente cargando con el trineo y el motor y las otras dos motos en el medio. El logístico y el cocinero iban en la tercera moto y miraban hacia

atrás a cada momento para asegurarse de que yo siguiera el paso. En una parte del recorrido nos detuvimos, el geolocalizador empezó a fallar y nos desvió del camino. Uno de los indicios fue la dirección del viento que nos tenía que dar de frente y lo teníamos de costado. El segundo indicio fue cuando el viento mermó por unos segundos y el enfermero pudo divisar la cima del Cerro Tres Hermanos en una dirección tal que nos indicó que le habíamos errado al camino. Detuvimos las motos y decidimos dar la vuelta para tratar de retomar la vía correcta. Luego de unos cien metros de recorrido giramos en U, y la historia dio un giro inesperado. El logístico miró hacia atrás para asegurarse de que yo seguía en la fila, pero ya no estaba. Le avisó al cocinero y se adelantó para comunicarles lo ocurrido al enfermero y al Jefe de Base. Frenaron la marcha y esperaron a que yo los alcanzara.

El cocinero le sugirió al Jefe de Base empezar a buscarme, pero se le explicó que era muy peligroso y que iban a terminar perdiéndose ellos también, que lo más prudente era esperar. Me llamaron por radio reiteradas veces, pero nunca contesté. Las motos quedaron apagadas y los muchachos comenzaron a sentir mucho frío. En ese momento, tomaron real conciencia de la gravedad de la situación. Luego de esperar un tiempo considerable tomaron la difícil decisión de volver a la Base sin mí y lo tuvieron que hacer en parte caminando porque dos de las motos no encendieron, el frío las había averiado. La moto que aún funcionaba era la del Jefe de Base.

Pasaron muchas dificultades en el trayecto de vuelta, pero llegaron a salvo a la Base y muy consternados por lo sucedido. Invasidos por una inmensa impotencia, la dotación tuvo que esperar a que amaneciera y que el clima ofreciera una tregua para salir en grupos a buscarme. Mientras tanto yo me hallaba en medio de esa vorágine de nieve, con vientos que la arrastraban y la depositaban sobre el suelo húmedo. El panorama, por ello, cambiaba a cada instante y era difícil orientarse sin poder ver algún punto de referencia que pueda ayudar en mi retorno.

.....

Unas horas antes, en el giro en U choqué con algo duro, una piedra quizás y la moto se fue para un costado. Hice todo lo posible por mantenerme arriba del vehículo y no perder el control, pero al estar el asiento mojado empecé a resbalar y terminé cayendo al piso. Traté de avisar a mis compañeros, levanté la mirada y realmente no se veía nada más que una cortina de nieve. Una vez en el piso traté de levantarme lo más rápido posible para alcanzar la moto, pero el acelerador quedó atascado por el frío y la moto siguió andando perdiéndose en esa blancura espesa y con ella se fue mi mochila. Empecé a gritar y fue en vano, el viento además de cegar la vista, enmudecía cualquier sonido que pretendiera hacer para que se dieran cuenta de que me había quedado atrás. El sonido de los motores tampoco ayudó a que mis compañeros escucharan mi pedido de auxilio. Me quedé solo, con lo puesto y tapado de esa espesura blanca sin saber para dónde ir, me encontré totalmente desorientado. En ese momento, lo que me dio un poco de tranquilidad era saber que la Base no estaba lejos. Quise avanzar un tramo pero fue imposible, el viento cada vez más fuerte, por donde miraba todo era blanco y no sabía con qué me podía encontrar de frente, tal vez con una grieta lo cual era muy peligroso. Me quedé parado en el lugar, y luego de un rato miré el reloj que marcaba las 04:30 pm. Inmediatamente me dije a mí mismo que me iba a quedar a pasar la noche en ese sitio. En un intento de moverme sentí la nieve muy blanda como si corriese agua por debajo de mis pies y tenía la sensación de que me estaba hundiendo y efectivamente parte de mis piernas estaban enterradas. Retrocedí y decidí quedarme quieto, hice un círculo a mi alrededor donde la nieve se sentía más compacta y allí permanecí. Pensé que mis compañeros me buscarían y eso me mantuvo tranquilo, pero a la vez sabía que, si tenía que pasar la noche en la intemperie, afrontaría ese desafío.

Lo minutos pasaron, el viento dio una tregua y se me abrió una ventana en la que pude ver el mar por unos segundos, lo que me permitió orientarme un poco. Decidí moverme hacia Refugio Elefante, lugar que ya conocía y resguardarme allí hasta que pasara el temporal. Me

acomodé y cuando quise volver a ver el mar lo había perdido de vista, se volvió a cerrar y con ello mi esperanza de salir de ahí. Miré mi reloj y marcaba las 07:00 pm, ya estaba oscureciendo y seguía sin tener novedades de mis compañeros. Me convencí finalmente de que esa noche la pasaría allí, y que lo más importante era no sucumbir al sueño. Entre las 04:30 pm y 07:00 pm me la pasé saltando, moviéndome en un círculo de diez pasos de diámetro para no tentar al frío, pero ya me sentía cansado, quería sentarme, hacer una cueva en la nieve y resguardarme. Por un instante noté algo similar a una pared de nieve, extendía mi mano tratando de alcanzarla, avancé un paso tras otro, pero nunca llegué. Me di cuenta de que en vez de avanzar me dirigía hacia abajo y lo que pensé que era una pared, en realidad era el piso. Me pregunté qué es lo que estaba pasando. Dos veces intenté alcanzar esa pared de nieve, quería hacer un refugio para resguardarme, pero fue en vano, era un espejismo en este desierto blanco que a veces jugaba malas pasadas. Lo cierto es que donde me encontraba era todo llano y no había la suficiente cantidad de nieve para forjar un reparo. Hice una especie de escalón, me senté de espalda al viento y no me levanté más. Miré por última vez mi reloj y marcaba las 08:00 pm, estiré mis piernas, me arreglé los guantes, cerré bien la campera, me acomodé el gorro, me volví a decir que esa noche la pasaría allí y que no me durmiera. Empecé a entonar un par de canciones que más o menos recordaba, canté un rato forzando la voz para evitar escuchar el viento que cada vez era más intenso, tanto así que había momentos en que me empujaba hacia adelante. Al rato recordé que ese sábado veríamos la pelea entre Floyd Mayweather Jr. y Conor McGregor por televisión, la habíamos programados días atrás y también recordaba que era noche de pizzas. Tenía más presente las pizzas que la pelea.

En ese instante me volví a decir que no comería las pizzas y tampoco vería la pelea así que lo único que podía hacer era comentarla. Relaté la pelea con todos sus detalles, round por round y eso me entretuvo bastante tiempo. Hacía las pausas, todo lo relacionado a cada asalto y con voz grave para evitar escuchar el viento. Una vez finalizado mi relato

di por ganador a Mayweather. Esta especie de juego de locutor ayudó a mantenerme despierto, me calmaba un poco, dejaba de hablar otro poco porque me cansaba, pero el viento me recordaba que no lo quería escuchar y volvía a hablar en voz alta. El sueño se empezó a apoderar de mi cuerpo y me volvía a repetir que no me durmiera. Siempre mantuve la tranquilidad, nunca se cruzó por mi mente hacer nada alocado. En el momento que me quedé solo, cuestioné. ¿Qué pasó? ¿Por qué me quedé aquí? Pero siempre manteniendo la cordura.

Recé mucho. No recuerdo cuantos padres nuestros brotaron de mi boca, pero fueron muchísimos. Si bien yo tenía muy claro que esa noche la iba a pasar sea como fuere, me había mentalizado que esa situación sería una experiencia más y que haría todo lo posible por estar bien.

En esos momentos tan difíciles se me presentó la familia, hacía de cuenta que los tenía al lado, hablaba con ellos y les decía cosas que normalmente no les digo. A mis padres muy pocas veces le dije “te amo” y allí tuve la oportunidad de expresárselos. Por mi condición de militar suelo ser un poco duro con temas relacionados con lo sentimental y fue en ese preciso momento cuando toda esa dureza se desmoronó. Hablé con mis hijas, con mi esposa lo que me ayudó a no decaer. Hablé con cada uno de mis seres queridos y me percibí mucho más tranquilo. En algunos silencios me quería dormir, pero me movía hacia todos lados para evitarlo. En el último rezo empecé a sentir mucho frío a tal punto que ya no tenía fuerzas para moverme. Le pedí a Dios que me diera una luz, una oportunidad o una señal para poder salir de ahí, eso es lo último que recuerdo.

.....

Al día siguiente salieron en grupo en mi búsqueda. Hallaron las motos que se habían averiado enterradas en la nieve, pero de mí aún no tenían novedades.

Con mucha dificultad para moverme, levanté mi cabeza y me saqué las antiparras. ¡Había amanecido! Miré el reloj y marcaba las 08:00

am. Estaba literalmente enterrado bajo la nieve, no me dormí nunca. Estuve toda la noche en una posición de acurrucado, bajé la cabeza y quedé en esa posición hasta que amaneció. Me enderecé como puede y me caí para un costado. Traté de ponerme de pie por segunda vez y me volví a caer. Empecé a preocuparme. Me levanté por tercera vez y me volví a caer. Me volví a poner de pie por cuarta vez y si bien sentí que me estaba por caer nuevamente, pude sostenerme y quedarme parado. Empecé a mover las piernas, a friccionarlas, el frío me las había entumecido. Luego de ese pequeño masaje comencé a sentir las más fuertes dándome más estabilidad. Había cesado el temporal, pude divisar claramente el Cerro Tres Hermanos y el Nunatak Yámana, fue como ver una postal. Al mismo tiempo me pregunté si es que estaba bien, miré en dirección contraria y vi el mar. Me giré nuevamente y volví a ver esas dos formas geológicas que me habían devuelto la orientación y el alivio, era el momento de retornar a la Base. Me acomodé la vestimenta lo más rápido que pude, no quería perder el tiempo por si se volvía a levantar el temporal. Tomé el rumbo hacia el Cerro Tres Hermanos, fue una referencia clave para llegar sin problemas. Empecé a avanzar y me costó caminar, me enterraba en la nieve y el mismo cansancio que me iba invadiendo me hacía a caer una y otra vez. Ya no sentía frío en el cuerpo, pero mi mano derecha estaba helada. Paso tras paso y luego de una larga caminata de subidas y bajadas empecé a divisar la antena de la Base y el faro, iba en la dirección correcta. Salí por la laguna grande que se encontraba detrás de la Base, me iba aproximando y no iba a parar hasta llegar.

Eran casi las 10:00 am, entré por la puerta trasera de la Casa Principal y las primeras caras con las que me encontré fue la del doctor, el logístico, uno de los meteorólogos y uno de comunicaciones, estaban expectantes por si yo aparecía mientras el resto me seguía buscando. Me recibieron contentos y emocionados de verme con vida e inmediatamente me atendieron para proporcionarme los primeros auxilios. La voz de mi regreso se regó por toda la Base, el mal sueño había concluido. Este hecho, sin duda, formará parte de la historia de este continente

blanco tan particular y a la vez tan misterioso para muchos de nosotros. El cumplimiento del deber, particularmente en estas tierras desérticas, se puede traducir en tragedias. Por lo mismo, es un privilegio para mí poder compartir mi experiencia con ustedes, mis estimados lectores.



5° Premio

Juan Facundo Muciaccia

Anses

Título de la obra: ***Pensar la Antártida en los
lodos futuros***

Pensar la Antártida en los lodos futuros

Juan Facundo Muciaccia

*Si empiezo a desconfiar de mi suerte, estoy perdido
Pues tengo ideas, cada vez, menos atrevidas
Pero cerca, aquí cerca, el lobo aúlla
Despertando al mal hombre, al mago bueno
Con un corazón que no puede cumplir más promesas ya
Los genios son buenos servidores y malos amos
Si les has visto primorosos, caíste en el lazo
Tu bolsillo es más profundo que su gracia
Y calcular tu oración puede llevarme la vida.
Patricio Rey. Mi Genio Amor,*

Ráfagas de la conciencia dormida

No sé si me había dormido o qué, pero de pronto me encontré solo en un medio gigantesco campo totalmente blanco. Un lugar inmenso, un campo todo blanco que definió más al tiempo que al espacio; era el tiempo de algo inconcluso u olvidado. Adelante era ir a atrás; ir era volver. Cada paso devolvió tramos de hilo al ovillo de lana blanca. Nunca me detenía. Las agujas del reloj me recogerán del mundo, deshilachando cada camino, cada espacio, hasta que no quedara nada, sólo prehistoria, suelos paleolíticos de la Antártida.

En los horizontes del sur y del oeste las distancias se convierten en niebla. Hacia allá, empecé a caminar. Se escuchaban voces sueltas, aunque sabía, por intuición, que no había nadie. Quizás era el viento frío silbando en la magnitud del continente blanco y las montañas imponen-

tes o eran recuerdos aferrándose a mí. Una persona sola en un paisaje totalmente blanco, bien podía ser esto o aquello; arriba o abajo; cielo o suelo. La soledad, los pies semihundidos en la nieve, los ojos contra el sol y ese viento, ráfagas de viento que erosionan la conciencia de una patria inconclusa. Cada piedrita, cada polvo metido en los ojos, cada ráfaga fría reemplazaba a algún recuerdo y así, de a poco, la memoria se desvanecía. Sentí una gran paz. A medida que avanzaba hacia la niebla, olvidaba más y más; no sentía tristeza ni melancolía y mucho menos miedo; era una criatura caminando sin saber por qué, sin saber quién me llamaba o de qué estaba escapando. Caminé hasta olvidar mi propio nombre. Cien, doscientos, trescientos, cuatrocientos, quinientos metros: solo la niebla de la patria inconclusa, nuestra patria blanca.

La Antártida era muy diferente a lo que había imaginado o la imagen que tenía era muy tenue porque era de tal magnitud, con las corrientes de deshielo revoltosas y cristalinas. Me acerqué, podían verse los peces babosos, que habitan en dicho continente, eran extraños y enormes, pensé que podrían devorarme, eran fascinantes. Algunos saltaban sobre la superficie del agua; otros como pulpos, asomaban tentáculos. De tanto acercarme, no me había dado cuenta de que ya tenía los pies en el agua helada. Una criatura asomó su enorme lomo y se sacudió, provocando oleaje donde estaba yo. La fuerza del agua me hizo perder el equilibrio y resbalé con el hielo. Intenté volver a la orilla, pero la fuerza de la corriente me arrastró. Al principio, di brazadas y pataleé, pero tan cansador y helado que empecé a tener calambres. Cuando me di cuenta estaba en el piso de mi habitación dando brazadas, así me desperté en una noche de invierno de Buenos aires, esto me llevó a pensar y reflexionar en la patria inconclusa.

Conciencia histórica, datos, no opinión

La presencia argentina en la Antártida constituye una política de Estado desde 1904 a la fecha. Nuestro país, poseedor de los más sólidos fundamentos como lo son la ocupación permanente y el hecho de haber sido durante 40 años el único habitante de la Antártida, invita a afianzar

el conocimiento de nuestra actividad pacífica, científica y respetuosa de los Tratados internacionales y analizar los posibles conflictos entre Estados, en tiempos donde el Tratado Antártico estaría ingresando en una fase de descongelamiento. Asimismo, la falta de conciencia marítima en la población argentina constituye una materia pendiente e implica un desafío estratégico a futuro. Las posibilidades de ampliación de nuestro frente marítimo hasta las 350 millas marinas, espacio rico en recursos naturales que necesita el mundo, constituye un escenario conflictivo, donde nuevamente nuestros intereses se cruzan con Gran Bretaña ante la falta de resolución de la soberanía por nuestras islas Malvinas, Georgias del Sur y Sándwich del Sur.

La Antártida se debe abordar desde una mirada geopolítica a largo plazo, profundizando las condiciones económicas y aspectos geoestratégicos de la región y enfatizando el análisis de nuestros derechos soberanos en los archipiélagos australes y mar circundante, frente al accionar británico. Los acuerdos firmados durante la posguerra, sumado al manejo unilateral británico, derivaron en una mayor presencia militar y económica de la potencia invasora en la región con la consecuente explotación desmedida de recursos pesqueros y exploración ilegal de cuencas de hidrocarburos.

Así mismo pensar el asunto magno, cómo solía decir Juan Domingo Perón, para actuar en clave de la defensa de la soberanía, mediante el interés regional frente a la vocación imperialista anglo-sajona de Gran Bretaña y Estados Unidos, determinará los próximos lodos futuros.

Darle cuerpo al asunto magno es una presencia soberana y científica ininterrumpida en el Sector Antártico Argentino. Pero recién casi medio siglo después, en 1951, y por decisión de Juan Domingo Perón, nacería el Instituto Antártico Argentino, bajo la dirección del coronel Hernán Pujato. Esta institución se convertirá en la primera a nivel mundial en dedicarse exclusivamente e impulsar las investigaciones antárticas, llevando adelante la primera expedición de carácter científico a nivel nacional. Es gracias a ese esfuerzo de décadas que se logró fundar la primera base del mundo al sur del Círculo Polar Antártico, actual Base

General San Martín.

De este modo, la visión estratégica de Perón hizo que Argentina ocupara un rol de vanguardia en lo referente a la exploración del continente blanco, algo que se evidenciaría en el Tratado internacional Antártico. Firmado en 1959, buena parte de sus lineamientos centrales se corresponden con lo que nuestro país había propuesto años antes, en 1948: que las misiones antárticas consagran a la Antártida como una tierra dedicada a la investigación científica, a la cooperación internacional y a la paz. La única diferencia de fondo, señalada, entre otros, es que “el Tratado Antártico sugiere no discutir temas de soberanías mientras él dure”. Es tan sugerente como problemática para el interés nacional esa notable ausencia temática, especialmente cuando, llegando ya al primer cuarto del siglo XXI, nos encontramos en las vísperas de una evidentemente compleja situación geopolítica de cara a la renegociación del Tratado Antártico.

Ante ese escenario, este ensayo se propone iluminar algunas de las aristas de los principales problemas que nuestro país debería afrontar con responsabilidad, si alguna vez ha de volver a considerar con pretensión soberana la integración de todos sus territorios.

Geopolítica Antártica.

Una obsesión constante de una patria inconclusa

Los intereses geopolíticos de los distintos países en el territorio antártico son en general bastante similares, variando en aspectos de forma y percepción de derechos. Básicamente se relacionan con soberanía, recursos naturales, control de líneas de comunicaciones, aspectos geoestratégicos y protección del medio ambiente.

El Atlántico Sur continúa siendo un área geopolítica de baja prioridad estratégica, comparado con la importancia que la Estrategia de Seguridad Nacional (ESN) de Estados Unidos le atribuye al Asia-Pacífico o Medio Oriente. También es cierto que esa circunstancia ha generado las

condiciones necesarias para que potencias revisionistas como China y Rusia buscan incluir el Atlántico Sur en su área de influencia. Incluso, ambos Estados han demostrado tener un fuerte interés por la Antártida, y han desplegado bases y equipos muy importantes en la zona. La presencia de Rusia tiene raíces profundas, ya que es uno de los Estados signatarios originales del Tratado Antártico. En lo que refiere a China, vemos un lento pero firme avance en la misma dirección.

Tampoco podemos perder de vista que Gran Bretaña no ha abandonado sus aspiraciones de mantenerse como una potencia naval; ése continúa siendo su eje fundamental en las estrategias de defensa y política exterior. Manteniendo un alineamiento irrenunciable con Estados Unidos, representa un miembro statuquista del sistema internacional, que apoya, ejerce y comparte la distribución de poder actual. Si añadimos las recientes creaciones de Áreas Marítimas Protegidas, no sorprende que el conjunto de posiciones de ultramar que domina Reino Unido en el Atlántico (Gibraltar, Ascensión, Santa Elena, Tristán de Acuña, Malvinas, Georgias y Sándwich del Sur) no sólo cumplen la función de ser “portaaviones” naturales, sino que tienen gran relevancia estratégica para la proyección de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN)

La Argentina es uno de los 12 Estados consultivos originales del Tratado Antártico y uno de los 7 reclamantes de soberanía, ha desarrollado una Política Antártica de larga data, caracterizada por desarrollo de diversas actividades que incluyen observaciones científicas, la operación de estaciones postales y de radio, el establecimiento de colonias de familias, nacimientos de ciudadanos argentinos y mantenimiento de un registro civil en la Antártica. Asimismo, participa en las actividades que se desarrollan, hace énfasis en la Antártica en el Libro Blanco de la Defensa y mantiene motivada a su población respecto de la importancia de la llamada “Tierra de San Martín”. Ello ha permitido crear una conciencia antártica que encierra una profunda creencia de que el país no estará completo hasta que las partes que lo integran, sudamericana, insular,

antártica y mar argentino, estén bajo total control argentino. Puede señalarse en coherencia con respecto a la actividad antártica.

Que, al cumplirse el centenario de la primera expedición transandina en el territorio antártico, por D.S. No 46 del ex - presidente Kirchner, se declaró al 2004 el “Año de la Antártica Argentina”. Sus reclamos de soberanía se basan en la aplicación del principio de derecho “Uti Possidetis Juris”; la llegada al continente 2 años antes que los registros británicos, norteamericanos o rusos; la proximidad geográfica y continuidad geológica; las exploraciones y salvamentos llevados a cabo desde 1903; y la ocupación permanente e inicio de la actividad administrativa, científica y técnica desde 1904. (Sepúlveda,2008, p.531)

Los principales intereses geopolíticos de la Argentina se centran en un tópico central que son las islas y archipiélagos entre Sudamérica y la Antártica. Es una reivindicación histórica y política ante los intereses imperialistas en el Atlántico sur. El Atlántico Sur y la Antártida constituyen un espacio geopolítico unitario de seguridad y desarrollo, de importancia vital para el presente y futuro de la Argentina. El ejercicio pleno de los derechos correspondientes en los espacios marítimos soberanos y jurisdiccionales, así como el cumplimiento de las responsabilidades emergentes de la condición de estado ribereño plantean desafíos de envergadura. En este contexto, entran en consideración las cuestiones referidas al espacio geográfico específico que denominamos Atlántico Sur.

La cuestión central se encuentra agrupada en dos categorías de forma estratégica, son las islas del Arco de Scotia y las Islas Malvinas, todas de gran valor estratégico para proyectar su posición hacia el Continente Blanco, para controlar las comunicaciones marítimas entre el continente Sudamericano y la Antártica, cómo restar fuerza al reclamo de soberanía por parte de Gran Bretaña. Los aspectos geoeconómicos, derivados de las reservas naturales, energéticas, alimenticias y minerales existentes en el continente Antártico, recursos importantes para el desarrollo con autonomía en un mundo de escasez de dichos recursos. Los aspectos geoestratégicos relacionados con las comunicaciones aéreas transpo-

lares y control de las comunicaciones marítimas. La cuestión Malvinas significa para la Argentina el principal conflicto inserto en la porción austral del Atlántico Sur. En plena vigencia, Malvinas nos impone una encrucijada estratégica y una restricción estratégica a los espacios de jurisdicción nacional, que trascienden la política nacional, a la región.

El Vice Almirante Segundo Storni dijo en 1916: La permanencia de ellas [Islas Malvinas] en el poder extranjero por un tiempo indefinido, no nos permitiría resolver en forma completa el problema de nuestra defensa marítima, cualquiera fuese la perfección de nuestro trabajo en costa firme. (Alessandrini, 2010. p. 140)

La visión de Storni fue acertada, pero aún más cuando aventuró un futuro posible. A principios del siglo XX, las Malvinas sólo poseían como valor estratégico una de tres condiciones necesarias: su posición geográfica privilegiada. Las islas dominan los pasos interoceánicos australes y posibilitan la proyección hacia la Antártida.

Los otros dos factores, que según Storni caracterizan el valor estratégico de un territorio –la riqueza económica y la fortaleza militar– estaban ausentes. Hoy en día, las Malvinas poseen las tres condiciones, lo que convierte el conflicto en una cuestión estratégica de difícil solución para los intereses argentinos. (Alessandrini, 2010. p. 143)

El conflicto ha oscilado en diferentes etapas históricas, entre relaciones multilaterales y bilaterales. Hubo momentos en los que pareció que alcanzaríamos un entendimiento con Gran Bretaña, pero siempre surgieron la frustración y la encrucijada estratégica y se volvió a convalidar el diagnóstico de Storni. Esta encrucijada está directamente relacionada con los factores que afectan la libertad de acción de la política marítima y naval.

Luego de reconocer la influencia y los intereses de los grandes poderes en el Atlántico Sur, estamos en condiciones de considerar los posibles márgenes de maniobra de la República Argentina en relación con su posición geopolítica relativa en el tablero mundial. Si observamos el

mapa bicontinental, con sus distancias y espacios geográficos, no debería sorprendernos que la provincia de Tierra del Fuego representa el punto medio del territorio nacional. Este escenario deriva en la exigencia de materializar los esfuerzos necesarios para ejercer desde allí el control del amplio espacio marítimo que supone el ejercicio de la soberanía nacional. La clave de ese proceso está dada por la posibilidad de generar instalaciones permanentes y de cierta importancia en la isla de los Estados.

Una Patria Posible

Proyectar a la Argentina hacia la Antártida en un hecho imponderable, es inevitable obviar la necesidad estratégica del desarrollo estratégico hacia las zonas marítimas y al continente blanco. El Área Patagónica Austral, definida a partir de las cuencas hídricas de la provincia de Santa Cruz, que vierten sus aguas en el océano y cuyas nacientes se encuentran en las altas cumbres de la cordillera y en los Hielos Continentales; la zona insular de Tierra del Fuego. Esta área constituye un complejo geopolítico con alto potencial y sus factores se presentan como motor del desarrollo austral. La continuidad de su territorio continental se materializa en la plataforma marítima e islas del Atlántico Sur. El desarrollo demográfico e industrial son dos metas que deben priorizarse para dar solidez a la presencia en la zona. Como contrapartida, esta área estratégica del país es una de las más deshabitadas y con poca infraestructura, dos factores que debilitan la seguridad y la defensa de la Nación. (Alessandrini,2010).

El sur argentino posee la llave para constituir un polo logístico de apoyo al continente antártico y al tráfico marítimo que transita desde y hacia los pasos interoceánicos. Puede ser una base operativa para el control y mantenimiento expedito de las vías de comunicación marítima. Ello requiere de un crecimiento sostenido de esta área. El desarrollo de Ushuaia como puerto-puerta a la Antártida debería ser un objetivo estratégico argentino de alta prioridad. En los últimos años, se ha visto crecer esta zona del país con una lógica que orienta el esfuerzo hacia

este objetivo estratégico: ha incrementado la población, el turismo, se ha construido un gran muelle en Ushuaia, se ha incentivado la radicación de industrias y el área marítima austral.

La cuestión de Malvinas posee características particulares que condicionan las acciones políticas de los actores, con alcance regional y hemisférico. Es un conflicto bilateral por la competencia de territorios insulares ubicados en la plataforma marítima continental argentina, pero, más allá de su importancia estratégica por su posición de dominio y proyección hacia nuestras costas continentales y Antártida, el factor económico (los recursos naturales), agrega un elemento más a la competencia. Dentro de estos recursos, los de carácter energético cobran cada vez más peso en las decisiones de los Estados.

Así mismo toma cada vez más fuerza en nuestro subconsciente la noción de una patria inconclusa sin pensar la Antártida como parte de nuestra nación, en las siguientes noches después de despertar comencé a recorrer las lecturas sobre la patria blanca en los confines del fin de mundo. Ese sueño extraño, pero a la vez revelador, me llevó a pensar lo inconcluso, lo inacabado, pero a la vez el devenir de lo posible como proyección para las siguientes generaciones para un porvenir más justo en las tierras del fin del mundo.

Bibliografía.

Alessandrini, Ricardo (2010) “Zonas de Interés Estratégico y Geopolítico para la Nación: Situación en el Atlántico Sur y Antártida”. Buenos Aires, Argentina

Battaleme, Juan (2013), El Acceso a los Espacios Comunes y las Estrategias de Negación de Espacio y Anti Acceso. Cuadernos de Geopolítica, No.1. Buenos Aires, Argentina.

Fontana, Pablo. 2018. La pugna antártica, el conflicto por el sexto continente 1939-1959 Ciudad de Buenos Aires, Ediciones Guazuvira.

Sepúlveda, Jaime. 2008. “Importancia geopolítica del continente antártico”. *Revismar* 6 (1): 524-535.

Sepúlveda Cox, (2008) Jaime. Capitán de Navío IM. “Nuestro Vínculo Antártico. Un irrenunciable Proyecto Nacional”, *Revista de Marina* N° 2, pág.107

Villamizar Lamus, F. (2021). El Tratado Antártico en las bodas de diamante desde su entrada en vigor: origen y evolución. *Revista Electrónica de Derecho Internacional Contemporáneo*, 4(4), 028. <https://doi.org.10.24215/2618303Xe028>



6° Premio

Francisca Ramírez

Hospital San Roque (Jujuy)

Título de la obra: ***La patria blanca, de la Antártida a la
Quiaca vieja***

La Patria Blanca, de la Antártica a la Quiaca vieja.

Desde el pórtico norte de la patria, las ruinas hablan, las viejas paredes guardan historias.

Aunque los techos de paja yacen en el suelo y las puertas viejas cayeron, dejando entrar al cielo, las vías del tren son hierros herrumbrados que aparecen entre los pastos y la ruta nueve, vigente sigue la línea del camino que une a la Quica Vieja del punto norte al punto del sur austral de la Antártida Argentina.

Según documentos históricos, hace unos 135 millones de años, algunos continentes se agruparon para formar tres grandes áreas de tierra en la Tierra. A una de estas partes de tierra se le llamó Gondwana, la cual hoy en día incluye los continentes de América del Sur, África, Antártida, Australia y el subcontinente Indio.

Hace unos 45 millones de años, Gondwana se dividió, desplazándose los continentes a las posiciones donde se encuentran hoy en día y hay bibliografía que considera seis continentes: Asia, África, América, Europa, Oceanía y Antártida. Y otra bibliografía considera siete continentes: Asia, África, América del Norte, América del Sur, Antártida, Europa y Oceanía. Hay quienes dicen 5 y otros hasta 8 o más continentes, no hay un consenso sobre la cantidad de continentes. En la enseñanza de geografía en las escuelas, las variaciones del número de continentes dependerán del país donde se les enseñe, afirma el especialista profesor Sánchez de la UNAM.

La Antártida se descubrió a principios del siglo XVIII, por los navegantes rusos Faddéy Bellingshausen (Fabian Gottlieb von Bellingshausen, por su nombre de pila) y Mijaíl Lázarev durante la circunnavegación de los buques Vostok y Mirni entre 1819 y 1821.

En 1820, el cazador de focas Nathaniel Palmer (EEUU) y los oficiales navales británicos Edward Branfield y William Smith, navegaron cerca de la punta de la Antártida.

La primera vez que se desembarcó en el continente Antártico fue en 1821 y lo hizo John Davis, otro cazador de focas de EEUU.

En el año 1840 se le concedió a la Antártida el rango de continente. La Antártida cubre una superficie aproximada de unos 14.000.000 km², de los cuales menos del 1% constituyen áreas libres de hielo. Es el continente más frío, más seco, más ventoso y con mayor altura media (más de 2000 m sobre el nivel del mar) del planeta).

La Antártida es un continente situado en el extremo sur de nuestro planeta, ocupa una décima parte de la superficie de la Tierra y está cubierto por una capa de hielo que puede superar los 1.500 metros de espesor. La Antártida es un continente totalmente desierto, excepto por los tres asentamientos humanos permanentes de la zona: Base Esperanza, Base McMurdo y Villa Las Estrellas. Exceptuando la Base McMurdo, habitada por estadounidenses, en el resto de los dos enclaves el idioma oficial y mayoritariamente hablado es el español.

Las únicas personas que habitan la zona son militares y científicos de diferentes países. En total hay unas 100 estaciones científicas (de unos 20 países) en la Antártida. Otros habitantes de la Antártida son los animales marinos, los peces y las aves.

En el año 1928, los primeros en sobrevolar en avión la Antártida fueron George Wilkins (Australia) y C.B. Eielson (EEUU).

Los Estados Unidos enviaron a la Antártida una expedición tras la II° Guerra Mundial. Esta expedición era la más grande jamás enviada al continente Antártico, estaba formada por más de 4.000 personas, más de 20 aviones y 13 barcos. En esta expedición se sacaron fotografías de la costa para hacer mapas.

A partir de 1957 comenzaron en la Antártida las exploraciones científicas y sistemáticas a largo plazo. Hay más de 60 estaciones científicas establecidas por 12 distintas naciones.

El Continente Antártico o cualquier parte de él no están controlados por ninguna nación. Sí está cubierto por el Tratado Antártico, el cual les da

la potestad a todas las naciones signatarias con la habilidad de conducir ciencia en Antártida y dentro del área de la Península Antártica. Tras firmarse el Tratado de la Antártida en 1959, el cual entró en vigor en 1961, se permite la investigación científica con fines pacíficos en todo el continente, y se prohíbe la explotación petrolífera u otros minerales por al menos 50 años.

Hace 118 años la bandera argentina flamea altiva en la Antártida Argentina saludando al mundo con un rol importantísimo, de manera ininterrumpida, con un valioso trabajo que viene realizando en materia científica a través del Instituto Antártico, que vincula a un montón de especialidades científicas y resalta la importancia de nuestra soberanía Argentina desde 1904.

Desde el siglo pasado hay argentinos en la Antártida, entre los pocos privilegiados fueron, el Alférez de Navío José María Sobral quien logró una hazaña antártica de proporciones históricas. Fue el primer argentino en invernar en la Antártida, entre 1901 y 1903. Otro hombre en el continente blanco fue Hugo Alberto Acuña, un joven bahiense de 18 años que integró la primera expedición a las islas Orcadas con el objetivo de recabar información meteorológica para el Ministerio de Agricultura de la Nación.

Hablando de soberanía, fue instituida el 26 de noviembre de 1974, a través de la ley N° 20.827, publicada en Boletín Oficial 23.043, declarando el 22 de febrero como Día de la Antártida Argentina; considerado como parte de nuestro territorio nacional, integra un área delimitada por los meridianos 25° y 74° Oeste y el paralelo 60° de latitud Sur, que forma parte del que fuera Territorio Nacional de Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur, establecido por Decreto-Ley N° 2129 de fecha 28 de febrero de 1957, hoy por ley provincial.

Dicho tratado destinó las actividades antárticas exclusivamente a fines pacíficos de los países firmantes y adherentes, congelando los litigios territoriales e impidiendo la realización de nuevos reclamos o la ampliación de los existentes mientras dure su vigencia.

De las 23 provincias de la república argentina se encuentra en el orden 22 ésta: Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur es la provin-

cia más meridional de la República Argentina, compuesta por la parte oriental de la Isla Grande de Tierra del Fuego, la Isla de los Estados e islotes adyacentes, la Antártida Argentina y las Islas del Atlántico Sur: las Islas Malvinas, Sandwich del Sur, Orcadas del Sur y Georgias del Sur. Su capital es la ciudad de Ushuaia.

La historia ha evidenciado vivencias desde la Antártida Argentina hasta La Quiaca, desde el pórtico norte del territorio nacional, hasta la patria blanca de la Antártida. La bandera argentina se extiende, se pinta en el azul del cielo, con el sol y todo su fulgor alumbrando a todos los recónditos de la nación, los vientos y la brisa del mar hacen flamear la enseña patria en el universo de la misma naturaleza, que desde el 22 de febrero, día de la Soberanía en la Antártida Argentina, se efectiviza en todos los aspectos que no se encuentran limitados por la firma del Tratado Antártico en 1959.

Si nos ubicamos al noroeste de la República Argentina, se encuentra la provincia de Jujuy que cuenta con dos cruces fronterizos, al oeste el límite con Chile, a través del paso de Jama, y al norte límite con Bolivia a 3442 m de altura en el altiplano. Jujuy comprende un territorio natural altamente diversificado, a nivel ambiental desde salares de alturas hasta selvas tropicales. La provincia se divide de acuerdo a regiones tales como: Puna, Quebrada de Humahuaca, Ramal y los valles, cada región tiene sus propias características,

La provincia de Jujuy políticamente está dividida en 16 departamentos, nos ubicaremos en el departamento de Yavi, su capital la ciudad fronteriza de La Quiaca, más precisamente del lugar llamado La Quiaca Vieja, allí se encuentra un pedacito de historia que rememora a la patria blanca, entre los adobes de barro, que hoy son ruinas, son espacios donde quedaron sepultados miles de historias... Donde se pueden escarbar las esperanzas dormidas y concretar nuevos sueños... donde fue la escuela Antártida argentina en su primer comienzo, casa de doña Albertina Sibila, como cuentan Doña Gabina y Clara, ex alumna de la escuelita de barro techo de paja, como podrán observar en la siguiente imagen.



Foto: de la escuela Antártida Argentina, su ex alumna Clarita, escarbando esas historias dormidas...

Emocionada, Clarita, reconoce que La Escuela N° 113 “Antártida Argentina” que había abierto sus puertas un 14 de abril de 1969 por resolución del Consejo de Educación, funcionando en sus inicios en una modesta habitación de adobe perteneciente a doña Albertina Sibila y que también edificó la iglesia San Antonio, la escuela estaba a orillas de las vías del tren, donde la llegada del primer tren fue un gran acontecimiento, “ornamentado con banderas bolivianas y argentinas” (Abán, 1982:14) a través de las vías del Ferrocarril Central Norte, que la comunicaron con el resto del país. La población provenía de la zona de “La Quiaca Vieja”, de aéreas rurales o pueblos aledaños y de habitantes del sur de Bolivia. En primer lugar, el establecimiento de la ciudad en un ámbito rural basado en relaciones de intercambio signadas por las relaciones de producción campesinas implicó la creación de límites o fronteras

hacia el interior del territorio nacional, la ciudad se convirtió en un lugar de concentración de campesinos para luego ir a trabajar a la caña de azúcar, zafra. En 1910 se fundó La Quiaca Boliviana que luego se llamaría Villazón. En 1925, el tratado definitivo de límites ratificó a la Quebrada de La Quiaca como referente limítrofe internacional.

La Antártida Argentina se nombraba sin conocerla, en esta escuelita y allí flameaba la bandera nacional, lo recuerda doña Gabina, parada entre los viejos rieles de las vías del tren: también recuerda que el abuelo León era empleado del ferrocarril.

En la década del 30 y hasta la década del 50 se las conoce como “La edad de Oro” debido a que el desarrollo comercial ubicó a La Quiaca como segunda ciudad de la provincia, en tren llegaba con los cargueros, pasando por frente de la escuelita, que pertenecía a el ramal de trocha angosta que unía a la capital de la provincia de Jujuy, San Salvador de Jujuy (en esa época denominada Jujuy, a secas), con la localidad fronteriza de La Quiaca. Siendo el primer ferrocarril estatal nacional argentino, el Central Norte.

Cuando todos los ferrocarriles fueron nacionalizados en 1948, por el presidente Juan Domingo Perón, la línea se incorporó al Ferrocarril General Manuel Belgrano. El tramo de Jujuy a La Quiaca, completado el 25 de mayo de 1908, dejó de funcionar en la década de 1970, hasta la fecha.

El primer antecedente de La Quiaca lo encontramos en el año 1772, cuando el comisionado Alonso Carrió de la Bandera creó una posta cercana a la posta de Los Colorados. El lugar fue punto de disputa, ya que se consideraba que allí terminaba la jurisdicción de Buenos Aires y comenzaba la de Potosí, dando lugar a intensas batallas que terminaron cuando se ordenó la habilitación de una oficina telegráfica.

Pocos años después, se comenzó con los pasos para fundar oficialmente el pueblo y fue el 10 de septiembre de 1883 cuando, acorde a

las indicaciones del gobernador Tello, se procedió a demarcar el “área de terrenos para solares de población y ejidos”. Con fecha 12 de mayo de 1886, se dio nacimiento a la primera escuela, aún cuando la ciudad no tenía oficialmente fecha de fundación efectiva.

La bandera argentina flameaba a 3500 metros de altura, en esta escuela, la primera directora fue la maestra Nilda Juana González, recuerda la ex alumna Clara: “Ella era mi maestra y atendía a todos los grados siendo unos 20 entre niñas y niños aproximadamente”. La señorita González era la hija de don Patricio González, que vivía en el rastrojo a unos pasos de la escuela, además siendo el comisionado rural de La Quiaca Vieja. La escuela estaba rodeada por la aduana, hoy un edificio en ruinas, la iglesia de San Antonio de Padua y vecinos de la comunidad.

La posta fue recuperada en los alegatos por el escritor Justo Díaz, como un homenaje a los héroes de la independencia, la imagen que se encuentra a la par son las ruinas de la aduana.



Foto: imagen de la posta actual, 6 de marzo 2023.



Foto: ruinas de la aduana- 6 de marzo 2023.

Cuando transcurría el año 1970 se trasladó la escuela al edificio donde actualmente funciona gracias a un terreno donado por un vecino del sector, y se le impuso oficialmente el nombre de “Antártida Argentina”. De las grandes carencias edilicias que tenía la escuelita, con el transcurrir del tiempo y gracias a diferentes programas del Ministerio de Educación de la provincia, varias necesidades fueron atendidas. Actualmente cuenta con una sala de informática totalmente equipada, biblioteca entre otras cosas.

Recuerda doña Gabina que, en sus inicios los padres de La Quiaca Vieja fueron quienes impulsaron la creación de la escuela, “los padres y todos los familiares hemos cavado los pozos, hemos hecho los adobes de barro y paja. La escuela tenía doble turno y muchos chicos cruzaban el puente desde Villazón para estudiar y también asistían los hijos de los zafreiros y cuando empezaba la cosecha se iban en el tren”.

La escuela pública ha sido una forma moderna de socialización mediante un programa institucional de formación que contenía a todos los niños que podían asistir a sus aulas.

Actualmente, el establecimiento está ubicado en el acceso sur de la ciudad fronteriza de La Quiaca a la vera de la ruta nacional 9.



Foto: escuela Antártida Argentina N°113, actual



Foto: puerta de entrada a la ciudad de La Quiaca, acceso sur sobre la ruta 9.

La Quiaca es una ciudad turística de gran importancia por la cultura de su gente, y por estar ubicada en las áridas tierras del altiplano y en el norte extremo de la Puna argentina.

La Quiaca a 3442 msnm es referida como la ciudad más septentrional del país, prácticamente esta junto a la ciudad de Villazón, república de Bolivia, de la cual está “separada” por el río La Quiaca, sobre el que se encuentra el puente internacional Horacio Guzmán. Se encuentran próximos a La Quiaca, el monumento natural Laguna de los Pozuelos, al oeste, y el parque nacional Baritú, al este.

En la escuela Antártida Argentina N° 113 donde se tejen historias de los niños y niñas que, sin conocerla quizás, repiten el nombre de “Antártida Argentina”. Además llevan el sello en sus libretas “Antártida Argentina”, terminando la primaria, mientras miran el cielo azul a 5121 km de la capital de la Antártida y allí flamea nuestra bandera en honor a nuestra Antártida argentina, llena de tradiciones que recorren la patria blanca.

En la ciudad fronteriza de La Quiaca y a la vera de la ruta nacional 9 queda La Quiaca Vieja, donde era la antigua Quiaca, donde está actualmente la escuela Antártida Argentina N° 113, que antes estaba al frente de las vías del tren que llegaba a La Quiaca Vieja y pasaba hasta Bolivia,

En La Quiaca Vieja se enraizó la escuela con las líneas de las rutas que cruzan el Camino del Inca, enarbolando la bandera argentina, y en este árbol se enraizaron leyendas de guerreros y mitos de duendes y coquenas.



Foto: ruinas de la vieja escuela, donde los actores siguen soñando y acopiando la tierra de semillas y coplas.

Siguen de pie los pastores con sus esperanzas, de niños y niñas que pueblan la escuela de delantales blancos y las maestras que continúan enseñados valores de la patria, y los que han pasado por sus aulas, hoy son padres que viven en las cercanías y otros volaron como pájaros libres, y sobre las ruinas los sueños siguen intactas renaciendo entre las flores silvestres.

El árbol ya da sombra y refuerza la idea del confín de la patria. Las tradicionales culturales andinas trascienden desde la escuela y los actores de esta historia se despiden con el rito de la copla para inmortalizar el homenaje a la patria blanca a 5121 km.

Desde La Quiaca Vieja,
la bandera celeste y blanca flamea,
mi Antártida amada
en el mojón una piedra blanca te representa.

-

Aunque lllore el tren y su alma
echare al viento una copla
por la ruta nueve que rueda y que rueda
sin parar hasta la Antártida que llegue.

Fuente:

- Clara G. ex alumna de la escuela Antártida Argentina N ° 113- La Quiaca Vieja- Jujuy - Argentina 6 de marzo 2023.
- Gabina G. madre y persona oriunda de La quiaca Vieja- La Quiaca Vieja- Jujuy - Argentina 6 de marzo 2023.

Bibliografía:

<https://concepto.de/relato-historico/#ixzz7wkFeOyOG>
https://es.wikipedia.org/wiki/La_Quiaca



1° Mención

Sergio Gonzalo Soto
Registro Nacional de las Personas
Título de la obra: ***Páginas en blanco***

Páginas en Blanco

23/05/1949

No me quedan más que algunas hojas en blanco que espero poder terminar de escribir aun cuando lo hago sobre una rodilla temblorosa y con las manos entumecidas. Creo que, antes de caer en este infierno, no tenía idea de lo que significaba el concepto de “entumecido”. Pensaba que era algo similar a cuando te costaba mover el cuerpo por el frío, tal como cuando con mi hermano jugábamos a escupir fuego por la boca, tirándonos vapor mientras cruzábamos la plaza escarchada camino a la escuela. Mi conocimiento del frío moría ahí.

No se notará en la lectura, pero no pude seguir escribiendo. Me armé de voluntad para poder continuar. Me quedé pensando que moriré acá, sentado bajo un árbol en medio de un bosque helado, espalda con espalda con Ernesto, que tuvo la valentía de salir a buscarme en medio de una tormenta de nieve. Creo que él ya está muerto. Sigo tratando de preguntarle cosas y pasó de contestar monosílabos a quedarse callado y siento que el poco calor que me daba se extinguió hace rato. Si el teniente Serrano no consigue ayuda pronto, estoy seguro de que yo también me extinguiré como una brasa triste en un mar de ceniza blanca. Perdón. Creo que tengo que dejar de hacerme el poético. Quise empezar esto como un reporte para cuando nuestros compañeros nos encuentren, pero no dejo de pensar que nunca planté ningún árbol verde y frondoso o nunca tuve ningún hijo de mejillas rosadas. Si lo único productivo que me queda por hacer en esta vida es escribir un libro en estas páginas blancas, que así sea. Pero no me quiero explayar demasiado con sentimentalismos porque, como dije, sólo me quedan unas pocas hojas.

Mi nombre es Emiliano Jaime, soy soldado conscripto y me encuentro

cumpliendo el Servicio Militar Obligatorio en el batallón del regimiento 10 de Infantería de Montaña. Nací en General Acha, un pueblito en La Pampa lleno de montes cetrinos donde me crie con mis cinco hermanos. Ahora casi ninguno vive ahí y estamos todos diseminados por el país haciendo nuestras cosas: uno de ellos se puso una herrería, otro se dedicó a la medicina, el más chico se fue a manejar un coto de caza con un tío y yo no tuve la mejor idea de entrar al ejército. Aunque el servicio es obligatorio, así que no puedo echarle a nadie la culpa de mi destino. Para esta tarea me presenté como voluntario porque quería pertenecer a la dotación que plantaría bandera en la Antártida. Siempre me gustó la idea de ser explorador, pero según mi padre esas son fantasías y no trabajos “de verdad”. El mundo ya está todo descubierto, me decía. Y la fantasía quedó en eso hasta que en el cuartel empezaron a hablar de preparar la primera expedición a la Antártida con la finalidad de montar una base ahí. El coronel Pujato se mandó un día de sorpresa en los comedores comunes a la hora de la cena. El repiqueteo de tenedores contra metal y las charlas casuales se detuvieron de golpe cuando pidió atención y se puso a dar un discurso ahí nomás, como si nada. Contó que había estado en Alaska preparándose para la incursión en la Antártida y que lo que había empezado como su sueño ahora se estaba haciendo realidad, que el General le había encomendado en persona la misión de fundar las primeras bases argentinas en territorio Antártico y que buscaba un grupo de exploradores valientes. Después de eso no escuché más, no me importaba qué más diría porque a mí ya me había convencido. Al día de hoy no sé si fue lo de explorar, lo de cumplir un sueño que le decían que era imposible o solo su retórica épica.

La primera parte consiste en prácticas militares y en una avanzada de investigación de resistencia al clima en la base del volcán Copahue, con una serie de ejercicios de reconocimiento de terreno, mediciones de temperatura y registros de métodos que no nos llevarían más de una semana.

Emprendimos la caminata con los primeros rayos dorados del sol acariciando el pasto, las mochilas al hombro y los termos llenos de café caliente. En el bolsillo del pantalón llevaba un cuadernillo de hojas

blancas y un par de lápices para escribir mis experiencias en los ratos libres. Encabezaba la pequeña cuadrilla de quince voluntarios Arnoldo Serrano, el Teniente Primero de Infantería, llevando consigo un meteorólogo, un arquitecto que se encargaría de ver las condiciones de terreno congelado para construir la base en suelo Antártico, algunos especialistas en montañismo y un par de soldados comodines (entre los que me encuentro) haciendo funciones varias. Atravesamos el campo y el verde apagado de los pastos comenzó a ponerse cada vez más amarillento a medida que íbamos subiendo. Nomás llegando a la altura nos cruzamos con un puma metido entre un yuyaje reseco, con los ojos verdes resaltando entre los matorrales y cada uno que pasaba lo miraba con respeto como quien se cruza a un baqueano cuando se mete en un pueblo desconocido. Yo nunca había visto uno, aunque me decían que eran comunes en la zona. Si todavía puedo atreverme a usar poesía, aunque sea un poco, lo definiría como majestuoso, ominoso y calmo. Diría que es como un viento de otoño previo a la tormenta.

Otra vez tuve que parar porque me cuesta seguir con las manos tan duras y estoy seguro de que estoy alucinando porque acabo de ver entre los árboles a un puma blanco de ojos negros y mirada voraz. La antítesis del anterior. O tal vez es real y no tiene nada de poético cómo un animal se prepara para su próxima comida.

Me voy a apurar porque no quiero quedarme sin tiempo. Como Molinero. Trataré de ser fiel en el relato a lo que me acuerdo. Tiene...o tenía, ya no lo sé, tres años más que yo y se llama Ernesto. En realidad, se llama Adolfo, pero desde lo de la guerra en Europa él ni lo dice, me lo contó casi como secreto de confesión hace un rato. Yo lo escribo porque a su mamá le encantaba ese nombre y él no quería irse de este mundo y que ella pensase que él se avergonzaba de llevarlo. Helena. Se llama Helena y, según él, hace las mejores milanesas de Mendoza. Él sí era oficial de carrera egresado orgulloso del Colegio Militar. Repetía como un mantra que sus superiores informaron que reunía condiciones sobresalientes para la especialidad de montaña y que por eso lo habían recomendado entre los primeros candidatos para la expedición. Él sí

tenía experiencia en trabajos invernales y pruebas de altura y por eso había sido el primero en ponerse como voluntario para salir del refugio a buscarme cuando me perdí en plena tormenta. Así que pido perdón a Helena y a su padre, Jorge. Y a su abuelo Adolf, supongo, por haber traído a su nieto hasta acá a morir de frío debajo de este árbol.

Pido perdón también a la familia del Teniente Primero Serrano. Arnoldo Serrano. No conozco los nombres de sus padres, pero sé que tenía una dedicación casi religiosa hacia sus perros. Serrano también venía de Mendoza y era un excelente escalador y esquiador. Confío en esa habilidad para que llegue a tiempo al refugio, ya no para que traiga ayuda sino para que se salve. Me sobra con saber que pudo llegar al refugio en vez de estar muerto en la nieve por venir a rescatar a un soldado que salió al bosque sin una brújula. No dejo de recriminármelo. Son dos... O eran (ya no lo sé y tampoco creo que importe) soldados destinados a la grandeza que por un olvido tuvieron que salir a buscar a un pibe perdido. Y ninguno de los dos me lo echó en cara. Los dos estaban tan felices cuando me encontraron que me abrazaron como si fueran mis hermanos.

Ahora pido perdón también por lo errático del relato. Sé que me quedan algunas hojas en blanco, pero me quema el lápiz en los dedos. El frío ya no me deja pensar bien y necesito que esta crónica breve haga, al menos, un poco de honor al acto de valentía incondicional que realizaron mis compañeros. Llegamos al refugio y, por lo que me contó Ernesto, el meteorólogo avisó que venía una tormenta fuerte. Tal vez hubiera podido evitar todo esto si hubiera pensado un poco más o prestado un poco más de atención en vez de estar con la cabeza en pumas y aventuras. Nos tomamos el café en el refugio y mientras algunos de los chicos preparaban el fuego y acomodan las mochilas en los pocos catres apiñados en un costado de la pequeña estancia de madera, Serrano fue afuera y llenó un par de pavas de hielo para poner al fuego. Ángel, el meteorólogo, preparó dos mates grandotes con yerba y señaló a un par de chicos para que se encargaran de las rondas. Ellos, contentos, se abocaron a la tarea sin importar que la orden la hubiese dado un

civil. Se me viene a la cabeza la palabra camaradería, pero me quedo corto ya que parecíamos familia. Cada uno hacía lo suyo sin importar cargo ni rango y todos colaboramos en poner a punto el refugio para pasar la noche. Algunos tendríamos que compartir camastros, pero no importaba porque nos estábamos entrenando para sentar bases en la Antártida y la sola idea de hacer historia nos tenía a todos embobados. Ya nos imaginábamos parados uno al lado del otro siendo condecorados por el General Perón en Casa Rosada, con nuestras familias mirando desde la plaza, con mis hermanos todos juntos aplaudiendo.

La mañana nos encontró con frío como siempre y los primeros chicos que se iban levantando avivaban el fuego y se sentaban a calentarse con mates amargos alrededor de la caldera. Yo me levanté entre los últimos y por órdenes de Serrano me tocó ir a buscar maderas para preparar la sopa del almuerzo. Cuando salí del refugio lo primero que vi, además del suelo escarchado, fueron los primeros copos de nieve cayendo y si hubiese podido ver detrás de las montañas habría visto unos nubarrones de tormenta inmensos que no llegué a ver hasta más de una hora después, cuando ya era tarde. Nos mandamos derecho para el bosque con Suarez y Heredia y en un momento nos separamos, aunque juro que no me di cuenta cuándo fue. Terminé de llenar las dos mochilas que llevaba al hombro con la suficiente cantidad de leños, la nieve ya no caía despacio desde arriba, sino que arremetía con fuerza desde los lados. Jamás había estado en medio de una tormenta igual. Los vientos cambiaban de dirección empujándome sin cesar, los sonidos aullantes entre los árboles infinitos me ensordecieron y nunca advertí en qué momento trastabillé, pero de pronto estaba rodando cuesta abajo sin las mochilas hasta que golpeé contra la base de un árbol. Todo era blanco a mi alrededor. Todo blanco excepto por un pedazo de hueso ensangrentado que sobresalía de mi pantalón. Supongo que el frío tapó el dolor porque no sentía nada, ni cuando me acomodé contra el árbol y traté de mover la pierna. Ahí fue la primera vez que saqué el cuaderno, preparado para escribir mis últimas palabras para quien las quisiera leer, pero lo tuve que guardar porque a lo lejos escuché voces. El viento las hacía parecer más cerca y más lejos con cada segundo

que pasaba, pero no había duda. Comencé a gritar yo también, a pedir ayuda y a explicar con desesperación dónde estaba. Me fui incorporando, ahora sí con mucho dolor, contra el árbol porque quería guardar la poca dignidad que me quedaba. Eran Serrano y Molinero, y las caras de alegría que tenían por haberme encontrado fueron un bálsamo para mí. Me dieron de tomar licor de una petaca que no tenía gusto a nada más que a fuego, pero que me dio la capacidad de moverme otra vez. Me agarré de sus hombros y tratamos de avanzar los tres, pero se nos hizo imposible con mi pierna rota y el viento que cada vez nos golpeaba más fuerte. El plan era simple pero la tarea en estas condiciones era titánica. Molinero se quedaría conmigo tratando de mantener el calor resguardados en un arboleda y Serrano, que era el mejor esquiador de los tres, se apuraría hasta el refugio a buscar más gente y una camilla. En ese momento me sentí impotente y responsable. Les pedí por favor que fueran los dos y que me dejaran solo, pero no me escucharon y cuando Serrano convirtió el plan en una orden no me quedó mucho más por reclamar. Nos tiramos bajo un árbol y vimos al teniente desaparecer entre la nieve. Molinero me fue contando cosas de su familia y yo de la mía. Hablamos del servicio, de política y para cuando nos fuimos dando cuenta de que la tormenta seguía empeorando traté de convencerlo de que me dejara y que tratara de llegar al refugio. Él hizo como que no me escuchaba y siguió contándome de sus vacaciones en Mar del Plata hasta que ya no pudo hablar, o hasta que el viento me impidió escucharlo.

Esta es la última hoja. No creo que pueda escribir más. Ahora que lo pienso creo que nunca pude. El frío es tan extremo. Miro las paginas en mis manos vacías. Veo las puntas de mis dedos azules e irreconocibles moviéndose en el aire helado. No hay hojas escritas, no hay lápiz, solo el blanco eterno y perfecto de la nieve, como las páginas pálidas de un libro que nunca se escribió.

Pierdo la mirada en lo blanco y trato de enfocar en dos puntos verde oscuro que se acercan. Creo que son los ojos del puma. Pero mientras más grande se hacen, más seguro estoy de que son mis hermanos que se acercan a recibirme con un abrazo.

”Allá arriba en la Cordillera Andina, arrullados por los vientos huracanados y envueltos en grueso sudario de nieve, han quedado los camaradas ... En la lucha titánica y sin cuartel con el huracán invernal, cayeron vencidos”

Hernán Pujato



2° Mención

Gustavo Ignacio Míguez

Biblioteca Nacional Mariano Moreno

Título de la obra: ***La patria Azul y Blanca***

La Patria Azul y Blanca

*Sobre las tierras que nos pertenecen por todos los títulos habidos,
defenderemos nuestros derechos.*

*Somos todavía, en el orden de esa lucha en potencia,
un pequeño país, pero con derechos y con dignidad.*

Juan D. Perón, 21 de mayo de 1952.

Discurso pronunciado en el Instituto Antártico Argentino.

Introducción

En 1904 flameó por primera vez la Bandera Argentina en nuestra patria blanca. Más precisamente, en la isla Laurie del grupo de Islas Orcadas, donde actualmente funciona la Base Orcadas. Desde entonces nuestro país ha sostenido una presencia soberana y científica ininterrumpida en el Sector Antártico Argentino. Pero recién casi medio siglo después, en 1951, y por decisión de Juan Domingo Perón, nacería el Instituto Antártico Argentino, bajo la dirección del coronel Hernán Pujato. Esta institución se convertirá en la primera a nivel mundial en dedicarse exclusivamente e impulsar las investigaciones antárticas, llevando adelante la primera expedición de carácter científico a nivel nacional. Es gracias a ese esfuerzo de décadas que se logró fundar la primera base del mundo al sur del Círculo Polar Antártico: la actual Base General San Martín.

De este modo, la visión estratégica de Perón hizo que Argentina ocupara un rol de vanguardia en lo referente a la exploración del continente blanco, algo que se evidenciaría en el Tratado internacional Antártico. Firmado en 1959, buena parte de sus lineamientos centrales se corresponden con lo que nuestro país había propuesto años antes, en 1948:

que las misiones antárticas consagren a la Antártida como una tierra dedicada a la investigación científica, a la cooperación internacional y a la paz. La única diferencia de fondo, señalada, entre otros, por Mariano Memolli¹ (2014), es que “el Tratado Antártico sugiere no discutir temas de soberanías mientras él dure”. Es tan sugerente como problemática para el interés nacional esa notable ausencia temática, especialmente cuando, llegando ya al primer cuarto del siglo XXI, nos encontramos en las vísperas de una evidentemente compleja situación geopolítica de cara a la renegociación del Tratado.

Ante ese escenario, este ensayo se propone iluminar algunas de las aristas de los principales problemas que nuestro país debería afrontar con responsabilidad, si alguna vez ha de volver a considerar con pretensión soberana la integración de todos sus territorios. No podemos dejar de remarcar que nuestra Antártida es una verdadera Causa Nacional, ya que nuestra patria, lejos de reducirse a la Plataforma Continental americana, es bicontinental y bioceánica: incluye a la Antártida argentina, a su área de convergencia en el Océano Austral y a la Plataforma marítima –con sus islas– que se extiende por todo el Atlántico Sur.

De allí que lo acuático sea un concepto ineludible para la investigación que proponemos. Porque sin dar cuenta de ese medio de vinculación natural entre ambos continentes; sin reparar en cómo el desconocimiento sobre nuestro mar abruma; sin reflexionar sobre nuestra férrea inclinación cultural a olvidar que poseemos un extensísimo litoral atlántico; decíamos, sin encarar un rodeo “por mar”, nos será imposible planificar estratégica e integralmente una política de Estado que contemple la Plataforma Antártica, ya no como un punto alejado e inconexo en el mapa respecto la Pampa húmeda (centro productivo y político de ese modelo de país unilateralmente terrestre y agroexportador que el siglo XIX supo legarnos, y que Leopoldo Lugones supo celebrar de manera magistral en su Oda a los ganados y las mieses).

¹Ex Director de la Dirección Nacional del Antártico entre 2003 y 2016. Actualmente preside la Fundación PROAntártida.

De espaldas a nuestro Mar y a nuestra Antártida

Durante las dos presidencias de Juan Domingo Perón la flota mercante argentina fue la que más creció en el mundo. Y la creación de Astilleros Río Santiago (1953), además, suplió al país de la posibilidad de construir sus propios buques y dejar de importarlos. A eso hay que sumarle la fundación de la Empresa Líneas Marítimas Argentinas (E.L.M.A.), dedicada a carga general, y la adquisición de las flotas de Yacimientos Petrolíferos Fiscales y la de Yacimientos Carboníferos Fiscales. Este impulso planificado tras la finalización de la Segunda Guerra Mundial llevó a que hacia fines de la década del '80 contásemos con cerca de ciento cincuenta buques de bandera nacional. Pero a principios de los '90, gracias a unos pocos DNU que obstaculizaron las Leyes que protegían a la industria naval nacional², se tiró por la borda ese esfuerzo de generaciones enteras: apenas sobrevivieron poco más de diez naves. No debemos olvidar que la destrucción de nuestra flota se tradujo en una inmediata "pérdida por concepto de fletes de 50 mil millones de dólares, que fueron transferidos al exterior como pago a flotas extranjeras" (Duizeide, J. B., 2017, p. 144). Y a esos números hay que sumarle la pérdida de miles y miles de puestos de trabajo.

¿Cómo llegamos a esto? ¿Por qué resultó tan fácil este brusco cambio de lo que otrora fuera una verdadera política de Estado? Para responder estas preguntas nos apoyaremos en un breve pero intenso ensayo titulado "Escrito sobre el agua", del escritor, ensayista y ex marino mercante, Juan Bautista Duizeide. En esta obra, el autor reseña la historia argentina a partir de un singular concepto: somos un "país de aguas negadas", en tanto y en cuanto nos hemos constituido económica y culturalmente como país agroexportador a condición de darle la espalda a nuestro mar, sus islas y su corredor antártico, los cuales terminaron siendo regalados para su control y explotación a las potencias extranjeras, comenzando por Gran Bretaña y continuando por Estados Unidos y, ahora también, China.

Darle la espalda a nuestra condición de país acuático requiere, por ejemplo, desconocer Leyes como la N° 23.968 de Espacio Marítimos.

Se trata del marco normativo que delimita nuestra soberanía ribereña sobre el espacio aéreo, agua, lecho y subsuelo, de acuerdo a lo establecido por la Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar (CONVEMAR) sobre el límite de 12 millas marinas que tiene todo Estado en lo que refiere al derecho sobre su mar territorial. La zona contigua o área adyacente no puede extenderse más allá de las 24 millas marinas, tomando por base de las mismas, líneas desde las cuales se calcula el mar territorial. Asimismo, al establecer las Líneas de Base de la República Argentina, reconoce a la Plataforma Continental como prolongación natural de nuestro continente que queda cubierta por mares poco profundos y puede extenderse hasta las 200 millas marinas contadas desde las líneas de base antes mencionadas. Su Artículo 5° define nuestra Zona Económica Exclusiva (ZEE) en su Plataforma que se extiende desde las 12 hasta esas 200 millas marinas. Al respecto, es insoslayable la necesidad de recordar que una de las principales exigencias inglesas al momento de la firma de los Acuerdos de Madrid entre Argentina y el Reino Unido a principios de los '90, acto formal de recuperación de las relaciones diplomáticas entre ambos países tras la guerra de Malvinas, fue la de asegurarse para los británicos una ZEE propia alrededor de nuestras islas³. Y a pesar de lo importantes que son estos temas para la vida institucional de nuestro país, prácticamente no se los estudia con propiedad.

²Especialmente, tres de ellas:

La Ley de Reservas de Cargas nro. 18250 (1969), que establecía que debían hacerse en buques nacionales el transporte de mercaderías: a) que tuviera como destinatario el estado argentino. b) que gozaran de financiación o aval de entes financieros del sistema bancario nacional. c) que gozaran de franquicias o beneficios aduaneros argentinos.

La Ley 20447 (1973), que disponía que el 50 % del comercio internacional argentino debía realizarse por la Marina Mercante propia. Tal actividad sería fiscalizada por la Administración Nacional de Aduanas.

Y la Ley 24093, llamada la Ley de Puertos, que reconoció los Puertos Privados. Los clasificó según su destino. Permitió la explotación comercial de los puertos del Estado a Particulares.

³Las consecuencias político-económicas de los Acuerdos de Madrid para nuestro país invitan a interpretarlos como una suerte de Tratado de Versalles autóctono. Para mayor información invitamos a la lectura de esta nota realizada por el Equipo Internacionales del Centro de Estudios para el Desarrollo Integral (CEDI): <https://www.cedesarrollointegral.com/post/tratado-de-madrid>.

Hay un ejemplo muy ilustrativo de esta situación. Es tal el nivel de desconocimiento sobre nuestros territorios que recién en 2016, en el bicentenario de nuestra Independencia, se fijó mediante la Comisión de Límites de la Plataforma Continental el nuevo límite exterior. Esta medición implicó una ampliación de más de 1 millón y medio de kilómetros cuadrados de nuestro territorio. Y no sólo ello, sino que la extensión de nuestro litoral marítimo parecería todavía estar en discusión. Como señala Duizeide:

Para el Instituto Geográfico Militar tiene 4.725 kilómetros. Para el Servicio de Hidrografía Naval de la Armada, institución con obvio interés en que esa cifra sea mayor, nuestra costa es de 5.087 kilómetros. La medida más reciente, establecida por una investigación de científicos del CONICET, es de 6.816 kilómetros. O sea, alrededor de un 33 por ciento más larga de lo establecido previamente. Argentina cuenta, además, con unos 3.000 kilómetros de ríos navegables. Si se mira el país sin el prejuicio, tan argentino, de pensarlo el centro del mundo, se lo ve casi como una isla.

Duizeide, J. B. (2017), p. 139.⁴

Nuestro país es “como una isla”. Esta imagen tomada del ensayo de Duizeide es tan bella como estremecedora para lo que nos convoca, pues de ella se derivan los siguientes interrogantes: ¿qué clase de soberanía puede ejercerse en el mar si no se cuenta con flotas propias y no se lo navega? ¿Dejará de ser nuestra Antártida un extraño bloque blanco en el mapa del que se sabe poco y nada? ¿Es posible reclamar Malvinas viendo el horizonte y asomándonos, apenas, desde las playas de Buenos Aires?

Estas preguntas exigen una profunda reflexión para nosotros y nosotras, agentes estatales de esta Nación. Porque nos invitan a repensar un Estado argentino puesto “de frente” al mar y a la plataforma antártica.

⁴Para un análisis complementario de estos valores y su significancia político-económica, recomendamos, también, la lectura del capítulo que Pablo Esteban (2021, pp 67-69) le dedica a este tema.

En términos concretos, lo que estamos mentando con estas líneas es un llamado a la reflexión estratégica y a la acción colectiva y organizada para: generar nuevos conocimientos prácticos; relevar con exactitud el grado de degradación y la capacidad productiva de nuestra Zona Económica Exclusiva; crear las Áreas Marinas Protegidas que deberíamos ya tener; sostener una presencia efectiva en ese inmenso territorio azul del mapa que nos pertenece y se extiende desde el Río de la Plata al Mar Antártico; desarrollar tecnologías propias para robustecer esa industria naval que supimos tener con Perón, desde buques a drones submarinos; recuperarnos del desguace de nuestra flota nacional que trajo aparejada la postdictadura y su proyecto de desmalvinización; diseñar un plan estratégico y diplomático claro para defender la posición argentina en la renegociación del Tratado Antártico, que está al caer; y, principalmente, para implementar una política educativa y cultural clara que concientice a todo el pueblo sobre la urgencia de estos problemas. Porque para tener un proyecto de nación integrada, el pueblo y sus agentes estatales debemos conocer, para empezar, de qué hablamos cuando decimos “Antártida Argentina” y “Mar Argentino”.

Un desarrollo sostenible para nuestra patria azul y blanca

Pablo Esteban (2021), periodista especialista en temas marítimos, denuncia que nuestro Mar Argentino está hoy muy comprometido y muestra señales muy claras de las catastróficas consecuencias del actual modelo de desarrollo global anclado en el despilfarro y el consumo por el consumo mismo: “(...) el cambio climático y el calentamiento global; la contaminación a partir de microplásticos y el derrame de petróleo e hidrocarburos; así como también, la explotación pesquera y la cacería furtiva” (p. 16), todo responde a un “modelo que se destaca por la obsolescencia programada de tecnologías que cuando salen al mercado ya están prestas a ser reemplazadas y por la construcción de una mirada a corto plazo, que se caracteriza por la clausura del ejercicio prospectivo” (p. 32).

Nuestros afiliados y afiliadas seguramente tendrán presentes al leer,

esas líneas que el Papa Francisco, en las encíclicas *Laudato Si'* y *Fratelli Tutti*, caracteriza este tipo de fenómenos bajo una matriz de explicación muy precisa: la cultura del descarte. Frente a esta situación, llama a

(...) adoptar un modelo circular de producción que asegure recursos para todos y para las generaciones futuras, y que supone limitar al máximo el uso de los recursos no renovables, moderar el consumo, maximizar la eficiencia del aprovechamiento, reutilizar y reciclar. Abordar esta cuestión sería un modo de contrarrestar la cultura del descarte, que termina afectando al planeta entero, pero observamos que los avances en este sentido son todavía muy escasos.
Papa Francisco, Laudato Si', §22.

En ambos registros, la salida a este atolladero ruinoso para los ecosistemas y para nuestras comunidades requiere de una transformación cultural que excede a una sola generación de habitantes, y compromete en un esfuerzo mancomunado a la política, la economía y la ciencia en una “política del cuidado, de la solidaridad. Menos individualista, más colectiva”. Estas últimas palabras son, nuevamente, de Pablo Esteban, pero tranquilamente podrían encontrarse en una encíclica del Sumo Pontífice. Ahora bien, ¿cuál es la relación específica entre este diagnóstico crítico sobre el cambio climático y la soberanía sobre nuestros territorios marítimos y antárticos? Para responder esto, seguiremos de cerca una vez más a Esteban en un argumento un poco más técnico:

Los océanos absorben la mayor parte del calor, de modo que al modificarse las temperaturas de estos también se transforman las condiciones para la biodiversidad. Al mismo tiempo, actúan como sumideros de dióxido de carbono, como si fueran una gran aspiradora que lo absorbe de la atmósfera y termina en repositorios a grandes profundidades. En este sentido, como se continúa incorporando cada vez más CO₂, se desatan los procesos de acidificación del agua y ello impacta sobre los ecosistemas marinos. (...) Asimismo, con el calentamiento global se trastoca la distribución de la salinidad. Al derretirse el hielo de los glaciares continentales y de los hielos polares fluye agua dulce hacia los océanos y tiene un impacto sobre las corrientes marinas.
Esteban, P. (2021: pp. 36-37).

No es ocioso, en este punto, volver a remarcar la interdependencia entre nuestra plataforma terrestre, los océanos y nuestra Antártida. Y sobra decir que el Estado es la piedra angular de cualquier tipo de transformación seria de las circunstancias. Especialmente, ahora que el sector privado también busca vestirse “de verde” y que, cada vez con mayor fuerza, aparecen en los encuentros de las grandes cámaras empresariales conceptos tales como “transición energética”, “sustentabilidad” y “energías renovables o no convencionales”.

Porque hay una enorme diferencia entre asumir una responsabilidad ética intra e intergeneracional, como la evocada por el Papa Francisco, y buscar la reconversión energética de las industrias basadas en combustibles fósiles porque, simplemente, ahora es redituable. De otro modo, la famosa reconversión energética será una máscara para continuar explotando nuestros recursos sin que nada cambie en lo que concierne a la matriz productiva, y el sistema concentrado de negocios que nace de ella seguirá reproduciendo a la perfección la cultura del descarte.

Conclusión

¿Qué es la soberanía? En definitiva, una relación entre el pueblo y lo que le es propio a ese pueblo y sus organizaciones: sus territorios, sus Leyes y una política de Estado acorde a una nación libre, justa y soberana. Porque lo “propio” no es la propiedad, falsa equivalencia que fue defendida sucesivamente por la Generación del '37, la del '80, los Golpes cívico-militares del siglo XX y ese último ensayo neo(pos)liberal que fue Cambiemos. Lo propio es basamento de lo común, es decir, del bien común. De otro modo: soberanía nacional refiere al cuidado de esa Casa Común –como la llama Francisco– que es signo basal de toda comunidad.

Ese es el tesoro (res)guardado que debe proteger cualquier proyecto serio de desarrollo de una política de Estado que sea plural, inclusiva, integral y estratégica, bicontinental y bioceánica, azul y blanca de principio a fin.

Bibliografía

Belgrano, M. (1810), Correo de Comercio, mayo, noviembre y diciembre de 1810.

Esteban, P. (2021), El campo azul: un viaje por la geopolítica del Mar Argentino, Buenos Aires: Capital Intelectual.

Duizeide, J. B. (2017), “Escrito sobre el agua”, en López, M. P. y Duizeide, J. B., Desierto y nación. Lenguas, Buenos Aires: Caterva.

Memolli, M. (2014), “La política de Perón sobre la Antártida. 1945-1955”, Revista Gestar, Buenos Aires: 1 de marzo de 2014.

Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto (1947), Soberanía Argentina en la Antártida. Buenos Aires. Notas preliminares de Juan D. Perón, y Anexos II con declaraciones del Doctor Pascual La Rosa,



3° Mención

Marcelo Scanu

Anses

Título de la obra: ***La otra Hermanita Perdida***

La otra Hermanita Perdida

“Cuando miramos al cielo imaginamos dioses. Cuando miramos al mar
Imaginamos islas”

Malachy Tallack en su libro Islas Desconocidas.

La Antártida, el Continente Blanco, gran masa de tierra rodeada y abrazada por milenarios hielos. Cuna de leyendas y de hechos desesperados y heroicos, de exploración y muerte. Repleta de recursos, minerales, ictícolas, de toda índole. Apetecidas por las potencias, deseadas por el resto del Mundo. Unida de forma histórica e irrenunciable al territorio de la República Argentina. Sus hijos, primero el gran Guillermo Brown y luego cazadores de focas y de lobos marinos, que navegaban en algo más que una cáscara de nuez, descubrieron sus costas sentando un precedente de peso inmenso para nuestro reclamo.

Con el correr del tiempo, los norteamericanos, expansionistas y saqueadores, y los ingleses, piratas y expoliadores, posaron sus ojos en estas tierras australes. Los primeros cazaron focas y lobos marinos hasta el hartazgo, los segundos en todo momento buscaron establecer una colonia para dominar el Estrecho de Magallanes, más aún cuando los bravos criollos rechazaron dos veces a los invasores causándoles derrotas históricas. Pronto los anglos explotaban las islas y comenzaron a expandirse en los numerosos archipiélagos cercanos rebosantes de riquezas, de las cuales la pérvida Albión demandaba en forma constante, en especial durante las dos conflagraciones mundiales. Sus garras se extendieron a la Antártida, produciéndose una carrera en su exploración y en la conquista del Polo Sur. Por poco no llegó primero Scott, perdiendo la vida en el intento luego de devorar a sus perros.

Este hecho no los amedrentó, sus bases y puestos antárticos se multiplicaron. Contemporáneamente en los 50 y en 1975, durante los gobiernos peronistas, hubo choques armados con los ingleses mostrando nuestro país estar decidido a no claudicar sus centenarios derechos sobre esos helados territorios. La Guerra de 1982 fue el producto final de estos conflictos seculares, en pocos días sus barcos se posaron en el fondo del mar y sus aviones cayeron abatidos. Sólo el músculo de la OTAN logró salvarlos de una derrota. Debido a ello aún hoy los ingleses están estacionados en las Malvinas, como decía Sarmiento: “Seamos francos, esta invasión es útil a la civilización y al progreso” afirmaba el sanjuanino sumando otro desatino a su numeroso historial.

.....

“No se puede amar lo que no se conoce, ni defender lo que no se ama”.
Leonardo Da Vinci.

Lo afirmado por el gran hombre italiano se aplica muy bien al territorio y la geopolítica. Muchos argentinos no conocen, ni remotamente, el extenso y variado territorio de nuestra Madre Patria. Desde pequeños deberíamos ser instruidos, en los diferentes ciclos de educación, meticulosamente en este aspecto. Es así como muchas veces tenemos visualizadas las numerosas islas del Atlántico Sur pero no registramos la plataforma continental ni el mar circundante, que son infinitamente más extensos. Incluso podremos nombrar varios archipiélagos como las Malvinas, las Georgias, las Sandwich del Sur pero incluso en esa lista nos faltarán algunas. Yo lo experimenté personalmente una larga noche de insomnio y escritura cuando, para despejarme jugué al ajedrez y luego entré en ese mundo maravilloso que nos muestra en detalle Google Earth. Mi interés varió y no sé por qué, no escudriñé zonas montañosas en aquella ocasión y me detuve en las ínsulas del Sur. En las Georgias apreciaba fiordos, glaciares, montañas, todo un mundo helado y alejado. Mientras movía el cursor hacia las Malvinas, mágicamente aparecieron unas enigmáticas islas o mejor dicho unos pequeños islotes con un misterioso nombre: Islas Aurora.

En medio de la nada, alejado de todo, son tan pequeñitas que no entran en la escala del mapa. Ya cansado busqué algo de información, como para no irme a dormir con la intriga pero prometí instruirme más y así lo hice descubriendo datos y hechos maravillosos.

Los ingleses las conocen con el horrible nombre de Shag Rocks. Shag en inglés significa Cormorán. En cualquier mapa o aplicación satelital son difíciles de encontrar pues su superficie es exigua, 0,2 km cuadrados equivalente a 20 hectáreas. Estas rocas sobresalen del medio del salvaje mar, su punto máximo son 72 metros sobre el nivel del mar. Están ubicadas en la zona de los 40 bramadores (los famosos y violentos vientos rugientes de los 40 grados de latitud Sur). El viento las azota constantemente y junto al mar las erosiona. Son rocas sedimentarias, cumbres de la Dorsal de Scotia que emergen siendo la continuación de nuestra Cordillera Andina. El clima subpolar, frío y húmedo produce una temperatura promedio cercana a los -2 grados, siendo raras las máximas cercanas a los 15 grados.

Son dos grupos de pequeñas islas, el grupo Cormorán o conjunto Occidental está ubicado a 1200 kilómetros de Tierra del Fuego y 232 kilómetros al Oeste-Noroeste de las Georgias. El grupo de la Isla Negra (Black Rock para los ingleses) o conjunto Oriental está a 18 kilómetros al Este de las primeras, más cerca de las Georgias. Las Cormorán son seis picachos (seis mogotes de piedra de diferentes tamaños según antiguas crónicas españolas), de aspecto grisáceo por el guano de las aves. Muchas veces se encuentran cubiertas de nieve y hielo. Están unidos en dos grupos de tres, inaccesibles al desembarco por su inclinación y rodeados de algas marinas y aguas turbulentas. Las aguas adyacentes tienen profundidades que exceden los 300 metros de profundidad. Los únicos habitantes son petreles y cormoranes. Sus coordenadas son 53° 33' 00" Lat. S. y 42° 02' 22" Long. O. La mucho más pequeña Isla Negra no deja por ser por ese motivo menos estratégica. Es un pequeño islote llano, el cual casi no sobresale del mar. Sus coordenadas son 53° 39' 07" Lat. S. y 41° 48' 01" Long. O. Otro

islote, incluso menor, se ubica un kilómetro al este y casi a flor de agua en pleamar.

Por mucho tiempo estas islas fueron elusivas y cayeron en la categoría de islas fantasmas. Fueron descubiertas en el lejano 1762 por el español José (o Joseph) de la Llana. Este capitán regresaba de España hacia el puerto del Callao en Perú. Volvería a visitarlas en 1774. La segunda visita fue obra del navío San Miguel y luego varios más lo avistaron entre las brumas. En 1794 son vistas por José de Bustamante y Él comandaba junto al conocido capitán ítalo-español Alejandro Malaspina una expedición con intereses políticos y científicos. Bustamante se separó en las Malvinas para verificar los descubrimientos en las Antillas del Sur como lasdenominaban. Visitó las Islas San Pedro (Georgias) registrando sus coordenadas precisamente. Lo mismo hizo con las Cormorán (20 de febrero de 1794) y con las Rocas Negras.

Su fama se acrecentó posteriormente ya que las buscaron los ingleses como James Wedell entre 1820 y 1822 y en este último año también los capitanes Morrell y Jonhston pero ninguno pudo encontrarlas.

Pero las islas fantasmas no lo eran tanto.

Si bien eran difíciles de ubicar por las tormentas y su escasa altura, un problema geográfico las tenía escondidas. Malaspina calculó bien las coordenadas, pero estas estaban tomadas desde el Meridiano de Cádiz y no desde el Meridiano de Greenwich.

Sin embargo, los ingleses, siguiendo sus prácticas habituales de “redescubrir y renombrar” anteriores descubrimientos, especialmente españoles, con fines políticos, económicos y colonialistas, le otorgan el mérito de su ubicación a James Sheffield. Aunque en las cartas aparecían con el nombre español de Auroras, él le asigna el de Shag Rocks. El célebre Atlas Geográfico Argentino, con información recabada antes de 1886 y editado en 1888, cuya autoría principal es del peruano Mariano Felipe Paz Soldán, quien trabajaba para el gobierno argentino las ubica y cartografía. Este Atlas es publicado post mortem, siendo una gran obra y recopilación de fuentes principalmente argentinas. Sin embargo, muchos siguieron confundiendo las Aurora con otras islas del Atlántico

Sur. Este aire misterioso y fantasmal es trasladado al imaginario de la literatura universal de la mano de grandes autores. Edgar Allan Poe las nombra en La Narración de Arthur Gordon Pym donde el protagonista y sus compañeros llegan a la extraña isla Tsalal mientras buscan las Auroras. El mismísimo Julio Verne las nombra en La Esfinge de los Hielos. Raymond Ramsay las nombra en No longer on the map (Ya no están en el mapa) y la autora canadiense Barbara Hodgson escribió una novela donde las islas son redescubiertas, las llamó Hippolytes Islands (Las islas de Hippolyte).

Un hito importante en la historia de las islas ocurrió durante la Campaña Antártica 1955-1956. Mario Giovinetto, un glaciólogo, geógrafo y climatólogo argentino realizó su servicio militar en el Instituto Antártico. Durante la mencionada campaña estuvo embarcado en el ARA Bahía Aguirre y con el auxilio de un helicóptero tomó muestras de las rocas. Es el primer hombre en desembarcar en las islas e incluso quizás sea el único. En 1958 fue el primer argentino en llegar al Polo Sur. Las islas pertenecen a la República Argentina estando ilegalmente en poder del invasor inglés quien desconoce nuestra soberanía. Son consideradas por nuestro país como parte del Departamento Islas del Atlántico Sur y dentro de la Provincia de Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur. Los ingleses las consideran parte de lo que llaman el Territorio Británico de Ultramar de las Islas Georgias y Sándwich del Sur. Existe un contrapunto entre ambos países por un tema por lo demás importante y estratégico. Argentina ha reclamado las 200 millas alrededor de las islas. El ocupante dice lo opuesto, que como estas islas no pueden sostener la habitabilidad ni actividades económicas niega entonces arbitrariamente la existencia de esta zona. El mar circundante lo considera para sus fines como alta mar. Sin embargo, sí reclama la plataforma submarina que también es propiedad de la República Argentina tal cual lo ha demostrado en los foros internacionales. Argentina también se acuerda de la otra hermanita perdida en medio del mar y de la bruma. Nuestra lucha incondicional permitirá en algún momento tenerla nuevamente en nuestro poder.



4° Mención

Marcelo Agustín Parisi
Superintendencia de Seguros de la Nación. Gerencia de
Liquidaciones de Entidades Controladas

Título de la obra: ***Picahielos.***

Picahielos

Sobral camina por las calles del Microcentro con paso firme, seguro, veloz, elude con facilidad a los vendedores de golosinas y de jugo exprimido y entra a una cafetería. Mira alrededor, pero no encuentra a quien busca. Toma asiento junto a la ventana, apoya sobre la mesa la gorra de la Armada y pide un café negro sin azúcar.

Aprovecha los segundos antes de la reunión para arreglarse el uniforme y volver a peinarse. Todo protocolar, medido, perfecto. Del bolsillo de pantalón saca un pañuelo azul marino, bordado con el ancla de la Armada, y con delicadeza se seca el sudor del rostro. En el verano asfixiante, él es ahora una estatua que mira por la ventana carruajes que marchan deprisa, chicos descalzos que juegan a las escondidas, floristas, vendedores con carros repletos de naranjas, mujeres blancas, duras y encorsetadas, aferradas a los brazos de sus prometidos, y hombres de bigote fino, bastón y galera, con la boca fruncida de repugnancia.

Sobral escucha que se abre la puerta de la cafetería y aparta la mirada de la ventana. El hombre de barba candado, boina y pantalones amplios se sienta a su mesa sin saludar, lo mira de arriba a abajo y en un inglés muy cerrado le dice:

—Buenos días, Sobral, soy el científico a cargo de la expedición.

—Mucho gusto, señor Nordenskjöld. Hoy recibí la orden de presentarme ante usted...

El mozo vuelve con el café y le pregunta al científico si quiere algo; el hombre niega con un gesto, mira la hora y, antes de que Sobral retome su presentación, dice:

—Tengo poco tiempo, Sobral. Recién llego de Suecia, hay todo un instrumental por revisar y sólo Dios sabe qué otras cosas más, así

que permítame abreviar esta introducción. El Estado argentino me provee de suministros y combustibles a cambio de que incorpore a la expedición a un oficial de la Armada. Entre los candidatos posibles, el presidente Julio Argentino Roca lo eligió a usted. ¿Por qué?, no tengo idea. ¿Para qué?, tampoco lo sé. Supongo que usted representará alguna clase de bandera, un símbolo que reivindique alguna clase de propiedad sobre la Antártida, así que le ruego no interfiera con nuestra investigación. El programa de la expedición es el siguiente: a principios de año arribaremos a Malvinas, luego iremos a Isla de los Estados y de ahí a la Antártida, donde un grupo de nuestros investigadores y usted, oficial de la Armada, desembarcaremos para establecer una estación invernal, una pequeña cabaña a usar como base de operaciones para la tarea científica durante el invierno austral, mientras el personal a bordo del Antarctic realiza estudios oceanográficos por los alrededores de Tierra del Fuego, Malvinas y Georgia del Sur. A la llegada del verano, el buque pasará a recogernos y realizaremos varios estudios más en el Mar de Weddell hasta finalizar la expedición. ¿Entendido?

—Sí, pero...

—Perfecto, tiene tres días para comprar la indumentaria adecuada

—dice Nordenskjöld y se incorpora—; ahora discúlpeme, pero debo retirarme, espero que no se le haya enfriado el café.

Desde el nido de cuervo, Nordenskjöld aprecia el desfiladero blanco y azul que se abre paso entre los témpanos. La situación es delicada, lo sabe: el océano empieza a congelarse, y el estrecho canal se cubre de bloques de hielo. Abatido, se persigna y piensa en su tío Adolf, el primer hombre en romper las barreras de hielo de la costa sureste de Groenlandia. Corre en nuestra sangre, dice mientras mira el cielo en busca de complicidad, los Nordenskjöld somos picahielos.

Una vez en la proa le toca el hombro a Larsen, hombre de amplia frente, pómulos marcados y ojos sinceros, y le pregunta sobre las maniobras. El capitán, que siempre responde con una calma que

llega a incomodar, le dice que con la helada lo único que puede hacer es apuntar al medio.

A la distancia, Nordenskjöld ve un campo minado por bloques de medio metro. Vuelve a mirar al capitán, que sigue serio, y agrega: no nos queda otra, doctor, si nos retrasamos el agua se congelará, ahora sujétese.

Una repentina ventisca del noroeste empuja un bloque de hielo contra la nave. En un acto reflejo, el científico se sujeta al mástil y mira alrededor. Ojos de pánico y locura. Los mástiles se estremecen y la proa cruje, pero de a poco el Antarctic recupera el control.

Una vez incorporado, Larsen se aferra al timón y da la orden de prepararse. Bienvenidos a la Antártida, caballeros... ¿qué pasa?, ¿estaban dormidos?; bueno, lamento decirles que nos espera un viaje movido; Jonassen, rápido, suba al nido de cuervo... ¡Jonassen...!

Los marineros se miran entre sí, pero ninguno se anima a romper el silencio, por lo que Larsen vuelve a gritar: ¡Jonassen...!, maldita sea, nos acercamos al témpano... ¿alguien sabe dónde está Jonassen...? Entonces, por el rabillo del ojo advierte que los marineros arman un círculo. ¿Qué pasa?, háblenme, carajo...

Con una mano en el hombro, Nordenskjöld le llama la atención: capitán, Jonassen está desmayado, al parecer cuando chocamos se dio la cabeza contra la barandilla, ¿qué quiere hacer?

El capitán resopla mientras aferra el timón. El canal es demasiado estrecho, y sin un par de ojos en el nido de cuervo será imposible atravesar el desfiladero. Sigue callado, pero Nordenskjöld comprende su silencio: ¿puedo ayudar?

Larsen sonrío y dice no, gracias, por favor vaya a su camarote, no puedo darme el lujo de perder a nadie más. Nordenskjöld insiste, le dice que no se haga problema, que puede hacerlo, pero antes que el otro pueda responder el Antarctic se sacude ante otro bloque de hielo.

El crujido de la madera hace vibrar el desfiladero. Los marineros cierran los ojos, el hielo se desmorona y una bandada de gaviotas alza vuelo. Una vez más, Nordenskjöld se sujeta al mástil, aprieta los dientes y procura respirar despacio, pero todo se estremera a su alrededor.

Sin pensarlo alza la vista y observa el vaivén de un mástil próximo a quebrarse.

El vértigo lo domina, pero ya tomó una decisión. A sus espaldas escucha a Larsen: si usted se cae no me haré cargo. Nordenskjöld suspira, sin opción. Alza la pierna para encarar los primeros tres escalones del mástil cuando siente una mano en la espalda y escucha la voz de Sobral:

—¡No!

Acto seguido el argentino, en un tosco, pero comprensible sueco, le dice al capitán que él podrá subir al mástil sin problemas, que hizo la instrucción en la Armada Argentina y que en el viaje aprovechó la camaradería de sus compañeros para aprender el idioma, que sabe lo justo y necesario para desempeñarse como vigía. Un Larsen sonriente mira Nordenskjöld y le dice:

—Si usted no lo necesita...

El científico asiente, pero antes de que Sobral pueda subir le hace una seña para que aguarde un momento. Acto seguido, se saca campera y gorro, que ofrece al marinero. Sobral, sin saber qué hacer, extiende los brazos para que el otro apoye el abrigo y lo mira a los ojos. Nordenskjöld suspira:

—Le di tres días completos para comprarse abrigo, Sobral.

Ya en tierra, cruzado de brazos, Nordenskjöld contempla la partida del *Antarctic*. El cielo está despejado, el horizonte es blanco y, salvo por algún que otro martillazo, sólo se escucha el rumor del agua. Inspira hondo y mete la mano en el bolsillo de su campera polar. El sol le da de lleno en el rostro, por lo que frunce el ceño al sacar el paquete de cigarrillos, abrirlo y llevarse uno a los labios; del otro bolsillo saca una caja de fósforos en la que debe frotar cuatro veces antes de lograr el primer chispazo. Ya con el cigarro encendido, da una profunda bocanada y cierra los ojos. Sólo resta esperar.

Termina de fumar sin pensar demasiado en las provisiones, en el año de encierro, en el invierno, la humedad, los animales salvajes que podrían atacarlos, en las ventiscas y las tormentas de nieve, en la suciedad, la falta de verduras, frutas y hortalizas, en comer solo alimen-

tos no precederos más lo que puedan cazar, en su mujer, en su tío, su padre y la soledad, en la locura que trae el vacío, en la enfermedad, en lo que podría ocurrir si alguien tuviera una herida de grave, en cómo atenderlo y conseguir los medicamentos aquí donde hay nada más que salvo hielo y muerte. Pensando sí en la desesperación y en el frío, guarda la colilla y vuelve al centro de operaciones: es hora de actuar.

Con un leve movimiento de cabeza saluda a Bodma, Ekelöf, Akerlundh, Sobral y Jonassen, con quienes deberá invernar en una cabaña de escasos metros cuadrados a medio terminar.

Ninguno le devuelve el saludo. La amenaza de una noche bajo cero quita cordialidad. Siguen, martillo y serrucho en mano, con las últimas tablas del piso, con los agujeros de la pared, con el techo de chapa por asegurar, con el equipaje que todavía no descargaron de los botes, con las cuchetas, con las mamparas que usarán para dividir las habitaciones, con la alfombra con la que intentarán contener la humedad y con la puerta de entrada, un rectángulo de madera, hierro y bisagra de diez centímetros de espesor.

Sobral despierta con algo que gotea sobre su boca, algo frío y asqueroso, según deduce al relamerse los labios con sabor a cinc, tierra y encierro, lo alcanza cada dos segundos por más que él intenta acomodarse en la cucheta por lo que, resignado, abre los ojos. Es entendible que nadie quiera dormir en las cuchetas de arriba: el techo de chapa condensa la humedad del ambiente. Mañana sin falta pedirá a Larssen un cambio. Si bien en las camas de abajo se padece más el frío, prefiere eso antes de que le llueva en la cara.

Una vez incorporado, camina despacio para no despertar al resto y saluda a Bodman, el encargado de las observaciones meteorológicas, magnéticas y astronómicas. El científico, manos debajo de las axilas, le pregunta qué hace despierto. Sobral señala el techo y ambos sonríen. El viento silba al atravesar el marco de la puerta. Después de un rato, Bodman dice:

—Estuve pensando en lo que hablamos —se lleva la palma de la mano al rostro para calentarse con el aliento—, voy a decirle a Nordenskjöld que necesito ayuda con las mediciones... No pongas esa

cara, que una cosa es lo que yo digo, y otra lo que él vaya a hacer ...

Un viento fuerte sacude la chapa; Sobral y Bodman se preparan para salir corriendo, pero nada sucede: el techo sigue ahí. Sobral permanece alerta; Bodman apoya la espalda en la pared y lanza un suspiro.

—Por Dios, ni el apocalipsis despierta a los cerdos —dice y señala las cuchetas.

Sobral guarda el equipo mientras Bodman toma las últimas anotaciones del día. La caseta donde se encuentran los artefactos electromagnéticos está a cien metros del centro de operaciones, por lo que ambos se toman su tiempo para asegurarse de que todo se encuentre en condiciones antes de volver.

Cerrada la puerta, Bodman le toca el hombro a un Sobral que, tras asentir, empieza a liderar el camino a través del surco que abrió entre la nieve. Si bien la distancia es mínima, el invierno les demanda su máximo esfuerzo.

Una vez dentro del centro de operaciones, ambos saludan al resto de la tripulación y toman asiento cerca de la garrafa que Larssen utiliza para calentar el agua. Sobral se saca los guantes, acerca las manos al fuego y las mantiene ahí un instante, hasta que de a poco un cálido hormigueo le devuelve la circulación. A su alrededor todos sonrían y bromean, a la espera de su turno para bañarse. Llevan nueve meses en la Antártida, muy pronto el Antarctic pasará a buscarlos.

Expuesto el problema, Nordenskjöld toma asiento en su cucheta. Del bolsillo del pantalón saca otro cigarro que enciende en el acto mientras observa a los marineros: algunos coléricos, otros con la mirada perdida, todos en silencio. Es entendible, piensa, la palabra “hambre” merece que uno se tome su tiempo. Hay que hacerla carne, vivir sus consecuencias, imaginar el escenario: boca cubierta de baba, costillas marcadas, sentados todo el día en la cama, cansados y a la vez inquietos. Antes de que pueda hablarles de racionar, necesitan hacerse a la idea, concluye.

Por las paredes empieza a filtrarse el agua del deshielo, pero nadie actúa, todos hundidos en sus pensamientos. El Antarctic hubiera

debido llegar hace tres meses; de seguir así, dentro de poco deberían pasar un segundo invierno, y entonces qué. ¿Contar las porciones?, ¿salir a cazar?, ¿eso es posible? Pronto la nevada cubrirá el rastro de los animales y no habrá forma de alejarse de la cabaña.

Todos mantienen sus miradas vacías, hasta que Sobral se incorpora y se dirige a puerta.

—Supongo que no queda otra que apurarnos, ¿no? —dice y mira a un Nordenskjöld desconcertado—, si no tiene objeción, puedo armar un grupo de caza, ¿algún voluntario...?

Recostado en la nieve, Sobral acomoda los codos y ajusta la mira del rifle. Según sus cálculos serán unos cincuenta metros, distancia que asegura la efectividad del tiro. Respira despacio, sabe que si falla no sólo volverá con las manos vacías, sino que también ahuyentará al resto de los lobos marinos, quizás los últimos antes del invierno.

A sus espaldas, Jonassen le dice que deben marcharse, que ya es tarde, que con esta oscuridad no hay disparo posible, pero él no hace caso. Grasa, carne y pelaje valen el riesgo. Aguarda ante un cielo plagado de nubes bajas y livianas que corren hacia el noroeste; Jonassen insiste:

—No seas cabeza dura, Sobral. Ya casi es de noche, mañana volvemos.

Sobral le hace un gesto para que aguarde y señala en el cielo la pequeña franja plateada que se abre paso entre las nubes, diminuta rendija que empieza a ensancharse con el viento hasta que, despejadas las nubes, deja que una luna llena, potente, plateada, tiña de blanco mira, gatillo y bala, aunque no así la insólita sangre que ensucia al invierno.

A través de la mira de su rifle, Nordenskjöld observa una sombra que se acerca despacio, quizá porque la nieve le dificulta el paso, quizás porque la distancia hace su avance irrelevante. Pero se acerca, sí, se acerca, porque aquel punto perdido en el horizonte ya empieza a definir tres claros contornos.

Según sus cálculos, estarán a más de doscientos metros de distancia, por lo que da la señal para que todos los hombres busquen

sus armas, y del interior de la cabaña toma unos binoculares. Refugiado detrás de los barriles, calienta las lentes con el aliento y les pasa un trapo antes de llevárselo al rostro para ver, perdidas entre las rocas y la nieve recién derretida, tres figuras humanas que ondean la bandera del *Antartic*.

El retorno de Andersson, Duse y Grunden no se celebró. Nadie alzó su copa, no hubo brindis, canciones o aplausos; nadie recordó los buenos momentos ni se hizo broma alguna, tan solo hubo una cena, con carne asada y agua, en la que los recién llegados explicaron que el *Antarctic* no pasó a buscarlos porque en su momento la isla se hallaba cubierta de hielo. Según cuenta Duse, el capitán les ordenó desembarcar con el fin de que comunicaran al centro de operaciones su situación:

—Nuestro plan era cruzar a través del mar congelado para avisarles, y si bien pudimos avanzar durante cuatro días a través del hielo, al quinto... el verano...

Las palabras se pierden en la nada. Los marineros se incorporan de los asientos.

El 8 de noviembre de 1903, la tripulación del ARA Uruguay, comandada por el Teniente de Navío de la Armada Argentina Julián Irizar, se puso en contacto con los supervivientes que estaban en la base de operaciones.

Sobral fue uno de los últimos en enterarse, toda su concentración en los cronómetros con los que hacían las mediciones, cuando un Bodman eufórico gritó: ¡se terminó!

Quizás esta última imagen sea la más impactante: Sobral encerrado en una cabaña, preocupado por las herramientas con las que luego realizarían diversos estudios. Ajeno a la muerte que lo amenazaba, se preocupó por la ciencia; harto de sobrevivir se empeñó, con afán, a buscar el conocimiento.



5° Mención

Paola Priscila Pignataro

ReNaPer

Título de la obra: ***El año más frío***

El año más frío

2017. El año más frío en toda nuestra vida; al menos en nuestro pequeño mundo, lo recuerdo todo de ese día, estábamos almorzando con los chicos, que como de costumbre llegaban famélicos del colegio, yo había servido las milanesas con la ensalada de lechuga, tomate zanahoria y huevo, Martín, como buen hermano mayor sirvió el jugo de naranja para los tres y Nico como siempre era el primero en arrancar a devorar lo que haya en la mesa. No había dado más de cuatro bocados, mientras le decía a Nico que comiera despacio que se iba a atorar, sentimos ruido de llaves... —Sorpresa— dijo con su gran sonrisa, los chicos gritaron con la comida en la boca —¡papá!—. —Hola amor— me dijo con un beso y saludó a los chicos a puros abrazos los tres como si no se hubiesen visto hace unas horas atrás, sí, justo antes de ir al colegio —dale Claudio sentate que te sirvo las milas así comés caliente— los tres se acomodaron en la mesa —tan cirqueros van a ser, si se vieron hace un rato— les dije en tono jocoso —Sí, así es el circo de Mariela, ¿no mis queridos payasos? — Dijo Claudio y ésa fue la señal para que me vengán a abrazar los tres; —Abrazo fuerte a la trapecionista Mariela— seguían... — Bueno después siguen los abrazos, payasos ahora a terminar de comer vamos que se enfría— ya con los últimos bocados tiré la pregunta —¿Qué pasó que hoy viniste antes? — —Me salió otro viaje amor y éste es el que más esperé, adivina a dónde me tocó...— Con lágrimas en los ojos soltó —Antártida amor, al fin amor, mi sueño amor...— Durante unos segundos me quedé helada —qué bueno amor— le dije —¿cuándo tenés que salir?

— —En veinte días, por eso me dejaron salir antes hoy, mañana a la tarde viajo a Neuquén, ahí nos preparamos para hacer montaña, tipo simulacro de lo que va a hacer allá, en una semana estoy de vuelta y si está todo perfecto en veinte salimos a la base Marambio— hizo una micro pausa y despacio largó —ahí es un año amor...—

—Un año, ¿pero por qué tanto? Si nunca te vas más de dos meses...— —Sí, amor pero de ahí no se puede ir y venir cuando uno quiere, ¿te acordás que te expliqué una vez cómo era la onda allá? — No tuve más reacción en ese momento, además ya tenía que prepararse para salir al día siguiente a Neuquén como primera parada, mientras tanto los chicos todavía no dimensionaban todo y les emocionaba la aventura nueva en la que se iba a embarcar su papá. Para ellos él era un héroe, y no era para menos, padre piloto de la fuerza aérea y con cada viaje traía regalos y muchas historias que contar, la mesa seguía revolucionada en la sobremesa de padre e hijos, porque si algo no podía negar era que pese a lo estricto siempre fue unido y amoroso con nosotros, de a poco levanté la mesa y preparé para hacer unos mates en el living, mientras procesaba toda la información, ése día fue largo y raro, me sentía la aguafiestas silenciosa mientras ellos estaban felices, aguafiestas y egoísta, ¿por qué no podía estar igual de feliz? Mientras Claudio preparaba su equipaje yo ayudaba a los chicos con las tareas y a preparar todo para el siguiente día, después de todo, nuestra rutina no era tan emocionante; pero yo solamente quería hablar a solas con Claudio, necesitaba entender mejor todo, no podía sacar de mi cabeza lo del sin él, ésta vez estaba preocupada y las horas pasaban tan lento, hice las compras para la cena, cociné, cenamos, esperé a que se despidiera de los hijos porque saldría antes de la hora de despertarse para ir al colegio y ya en nuestra habitación le tiré mis dardos —¿Por qué no me preguntaste si estaba de acuerdo? ¿Lo tenías pensado de antes? ¿Qué se supone que deba hacer sola tanto tiempo? ¿Y si nos pasa

algo? — Él me abrazó fuerte y me dijo que iba a estar todo bien, no me importó y volví a tirar —¡contestame Claudio! ¿Me estás cargando? — —Mari— me dijo —desde que me conociste sabés que este es el único destino que estaba esperando, ¿Cuántas veces viajé y mucho más lejos? ¿Entendés que más allá de mis ganas esto significa una diferencia en plata que con lo que venimos ahorrando podríamos comprarnos la casa? ¿Vos pensás que yo no los voy a extrañar a ustedes? — Me desarmé, lo odié porque era un ególatra pensando sólo en sus sueños y todos debíamos amoldarnos a ello; me odié porque él siempre fue honesto con lo que quería y realmente ése viaje nos iba a cambiar la economía, esto era un verdadero sacrificio que íbamos a tener que hacer los cuatro, nos dormimos abrazados y antes de que amanezca salió de casa rumbo a Neuquén.

Fiel a su palabra en una semana estaba de regreso y por supuesto llegó con nuevas historias que contar y algunos regalos también, Nico y Martín como siempre atentos a todo lo que decía; fue una semana que pasó demasiado rápido, cuando nos fuimos a dormir me abrazó y me dijo —vas a ver qué va a pasar apenas un poquito más despacio, y te vas a estar quejando de nuevo de todas las alarmas que pongo y de que siempre dejo vasos por toda la casa— Todo fue como era habitual durante los días previos a que se fuera, como si fuese un viaje cualquiera de los que hacía, incluso el día que partió a Antártida parecía igual que siempre, todas las familias los fuimos a despedir, se respiraba ansiedad, de Claudio, de los chicos, mía y de todas las familias; nos volvimos a casa y preparé una buena merienda con torta de frutillas de nuestra panadería favorita, como si debiera compensar en algo a los nenes, ellos aún estaban felices y eso era todo para mí, todavía no tenían noción del sacrificio del que eran parte, después de todo les esperaba un largo año sin su héroe, un año sin su papá.

Las primeras semanas con la ayuda de mi mamá se hi-

cieron más llevaderas, ella cuando podía venir a quedarse con nosotros me ayudaba un montón con los horarios de los chicos y sus actividades, yo había empezado a cursar algunas materias de administración, retomar después de tantos años no era fácil, me sentía oxidada en el estudio, pero había dejado la carrera a dos años de terminar cuando quedé embarazada de Martín, ellos ya estaban un poquito más grandes y me había parecido buen momento para volver a la actividad, claro que entonces no contaba con que iba a estar tanto tiempo sola. Cuando mi mamá se volvió a Madariaga entendí que iba a ser muy duro coordinar todo con los chicos, al principio nos recostábamos después de cenar los tres en mi cama a googlear todo lo que fuera sobre La Antártida, desde noticias y datos, hasta las historias de ovnis y conspiraciones raras que hay en internet, todo nos parecía interesante, Claudio nos hacía video llamadas una vez a la semana; Los primeros dos meses pasaron con algunos altibajos, los chicos ya lo extrañaban y yo sentía un agotamiento físico muy grande, era lógico, me la pasaba corriendo de un colegio a otro con las diferencias de horario, tratando de cursar y ocupándome de la casa en simultáneo. Los nenes también tenían sus propias aventuras; Martín había empezado en primer año con cambio de colegio y todo lo que eso significa y Nico en quinto grado ya sin la presencia de su hermano en el colegio se sentía vulnerable, ciertamente fue complicado al principio, no pasó mucho tiempo y conseguí un trabajo de seis horas tres veces a la semana, esa plata nos vendría bien para manejarnos tranquilos los tres, los horarios nos quedaron muy ajustados pero no implicaba dejar de cursar y llegaba a llevar a tiempo a los dos al colegio. Martín para ayudarme se volvía viajando solo a la tarde del colegio, con precaución y la asistencia de las aplicaciones nos organizamos un montón, mis bebés habían madurado demasiado durante este tiempo, también estaban más serios y cansados, perdíamos las video llamadas porque nos quedábamos dormidos. Habíamos dejado de ser el circo alegre y nos convertimos en tres malabaristas de

horarios, apagados y cansados, Para los últimos meses antes del regreso de Claudio, ya manejábamos una independencia que antes no teníamos, y no por nada en particular, simplemente la nueva rutina nos obligaba a manejarnos diferente, habíamos armado una dinámica de equipo nueva, practica y funcional.

Faltaban unos días para que regresara nuestro héroe, al final tuvo razón, el tiempo había pasado mucho más rápido de lo que pensamos al principio, pero fue justamente lo que lo había hecho tan duro, había sido como un cachetazo que nos obligó a reaccionar y a acomodarnos nuevamente, el problema era que nos acomodamos sin él. Sentí mucha pena el día que volvió, llegó al mediodía a casa y no había nadie esperando, los primeros en llegar fuimos Nico y yo, obviamente lo abrazamos fuerte, pero yo tenía que apurarme a llegar a mi trabajo, Claudio no dejaba de mirar a Nico, estaba notablemente más alto y su actitud ya no era la del bebote que hacía payasadas para llamarle la atención. Me disculpé por no quedarme y me fui a trabajar, llego un toque antes de las ocho, le dije y salí corriendo a tomar el subte, para cuando volví a casa, los chicos estaban en el comedor haciendo las tareas pendientes del colegio, Claudio se estaba levantando de una siesta y si bien no era un clima hostil, tampoco se sentía la festividad en el ambiente, preguntó si había que comprar para la cocinar la cena y sin levantar la cabeza de su tarea le respondió Martín, yo vine comprando del colegio y lo otro lo compró mamá ayer, Claudio simplemente se quedó en silencio y no supo cómo reaccionar, como nunca, le costó acercarse a esos nenes que eran su felicidad. Estando solos en nuestra habitación el clima no era menos frío, yo sólo podía pensar en todas las actividades del día siguiente y el sueño que tenía, él como siempre leyó mis gestos y me abrazó para después de un año volver a dormir acompañada, a lo largo de la semana se seguía sintiendo la incomodidad entre todos, los hijos con el padre, yo tratando de mediar pero sin terminar de acercarme a ese hombre que había

sido mi pilar durante tanto tiempo. Fue tan claro que algo estaba roto que Claudio se pidió sus vacaciones, estaba decidido a recomponer las cosas a como diera lugar, ese fin de semana era el momento, no había tareas, trabajo, ni cursada que sirviera de excusa, empezó tratando de contar sus aventuras como lo hacía siempre, les dijo que llevaban provisiones para los investigadores de la base y cómo debían administrar los recursos, lo difícil de aterrizar era por el viento y cantidad de nieve. Pero su relato se vio interrumpido por Martín que arremetió con un “ya sabemos papá” Esto lo dejó descolocado, durante unos minutos quedamos en el más absoluto silencio, entonces suspiró fuerte y nos dijo —¿Qué es lo que pasa con ustedes? ¿Qué, soy invisible yo? ¿Por qué actúan como si yo no estuviera acá?— Los ojos de los chicos se llenaron de lágrimas, la expresión de rabia contenida en sus caritas lo hizo volver a arremeter —¡Hablen carajo!— Entonces Martín no pudo seguir conteniéndose y en medio de llantos le gritó —¡Vos nos abandonaste a nosotros y a mamá!— Nico se puso a llorar fuerte y corrió a los brazos de Claudio, enojado y todo seguía siendo el bebote de la casa, él los abrazó a los dos y se sumó al mar de llantos, y yo no pude ser menos, porque si bien había cambiado bastante, mi debilidad seguía siendo la misma, ellos tres eran mi universo entero. Esa noche nos dormimos los cuatro en nuestra cama, abrazados entre las historias y los datos que habíamos aprendido en línea y prometimos que el próximo viaje a la Antártida sería turístico y solamente si lo hacíamos los cuatro juntos; Este año, en diciembre será cuando cumplamos nuestra promesa.



6° Mención

Santiago Gabriel Fernández
Estudiante nivel secundario (San Juan)

Título de la obra: ***Un grito ahogado***

Un grito ahogado

Vi a la muerte cuando se llevó el alma de John. Un grito ahogado de aquél que desvanecía mi desesperación en hielo me despertó. Debían ser las cuatro de la mañana. Llegué en segundos; él respiraba con dificultad; los ojos cerrados con fuerza expresaban dolor, junto con sus manos temblorosas. Me acerqué y las tomé, y el frío que las congelaba lo hicieron con las mías, hasta que el temblor desapareció. Más que tristeza sentí terror al comprender que aferraba las manos de algo que ya no tenía vida, y a medida que pasaba el tiempo con mayor fuerza las tomaba. Extrañamente, no tenía el valor suficiente de alzar la mirada de un punto fijo en el suelo al rostro de él. Pero en esos momentos no me percaté de ello. Solamente el miedo creciente a la muerte que nunca antes conocí me atormentaba. Y por ese tormento no hice nada en las horas posteriores.

La sombra no apareció de inmediato, sino después. Cuando mi espalda se estremeció por una ráfaga de viento helado salí del estupor. Extrañado por la presencia del frío cuando todo lo demás estaba caliente, o algo así, me di la vuelta. Allí no había nada, salvo los tres hombres acurrucados en un rincón, con las brasas apunto de apagarse a poca distancia de ellos, que en tantas otras noches de insomnio debí ver. Fue entonces cuando una niebla, de intenso color negro, más oscuro que la propia noche, salió del suelo y se expandió por el lugar hasta formar una especie de muro que me separaba de mis compañeros y la poca iluminación que las brasas podían proporcionarme. Podía ver con claridad la niebla, a pesar de que no ocurría lo mismo con el alrededor; y de eso se desprendió una figura pocos segundos después. Vestía una túnica de parco color negro, con una capucha que le ocultaba el

rostro. Avanzó hacia mí, mirándome directamente con sus ojos rojos. Y mientras caminaba me percaté de que ningún ruido de algún calzado había oído. Parecía que flotaba, a pesar de que la túnica se movía en pos de las rodillas.

—Vengo por él —dijo. Al momento desenvainó una espada y la llevó hacia abajo, y ningún chirrido metálico oí cuando la hoja cortó el suelo.

• Qué eres? —fue cuanto pude decir. Estaba sobresaltado, y a duras penas trataba de hallarle sentido lo que veía.

—Soy la muerte —se detuvo, y pareció que sus ojos se volvían cristales y más grandes—. *Vine a hacer mi trabajo. Así que, por favor, apártate.*

Me aparté del muerto, pero al momento en que veía cómo esa cosa avanzaba con tranquilidad sentí que fue una fuerza invisible la que hizo que me alejara. La sombra se detuvo frente al muerto y levantó la espada hasta que quedó a la altura de su cabeza. Yo temblaba, ningún miembro del cuerpo podía moverlo, y las palabras no me salieron hasta hacer un gran esfuerzo.

• Qué le harás? —dije, y traté de acercarme, pero las piernas no me respondían.

—A él? *Nada, simplemente llevarme su alma* —respondió volviendo la cabeza y mirándome—. *Todavía se encuentra en el cuerpo, y ambas cosas no se separarán hasta que yo intervenga* —levantó el brazo derecho y apuntó con un dedo enguantado al muerto—. *¿Acaso no te percataste de que todavía está como antes?*

Miré hacia donde señalaba. Desde que enfermó el rostro de John se demacró, y esa misma decrepitud seguía en el cadáver. Pero su expresión no era la de alguien desesperado. Sonreía, y la paz que albergaba esa sonrisa hacía creer que los dolores y la angustia que reflejaron su semblante en vida desaparecieron poco antes de dar el último suspiro. Por algún motivo esa cara me repugnó, y luego vino el terror cuando me di cuenta de que los ojos de la sombra estaban fijos en los míos. Seguía mirándome, pero poco caso hizo a mi perturbación, y se concentró en

el cadáver. Llevó la espada a la cara del muerto, sin que la tocase, y unos segundos después separó la hoja y la envainó. En instantes, lo que para mí fueron segundos eternos, cuerpo se estremeció, encogió, y finalmente quedó quieto. Me acerqué, creyendo que iba a encontrar la expresión de paz que el muerto antes tenía, pero en su lugar había una calavera. Las gruesas telas parecían abrigar al resto de huesos, pues vi que se deshincharon en poco tiempo; y, sin saber por qué, tomé las manos enguantadas, escuché un ruido claro pero finito, al tiempo en que mis propias manos sentían cómo algo dentro de esos guantes se quebraba.

—*Considera un privilegio ser el primero en verme trabajar* —dijo la sombra, caminando hacia el muro de niebla. A poco de llegar se volvió—. *Sabes que morirás junto con tus compañeros. Hace semanas que se separaron del capitán Larsen. No tienen idea dónde están, ni ellos ni ustedes.*

• ¿Y tú si la tienes? —respondí. Me había alejado del esqueleto, y sentía incredulidad, más que el terror que me agobió.

—*Soy la muerte. Sé el día en que debo visitar la morada de cada alma que habita en la tierra, y conozco las circunstancias previas a que yo aparezca. También sé todo de las personas, y desde su nacimiento estoy presente* —fijó sus ojos en mí, como si estuviera analizándome o escudriñando en el fondo de mi alma—. Tuviste miedo, pero no lo suficiente para correr despavorido. *Eso me sorprende. En cualquier caso, si te atormentan pesadillas esta noche, aléjate de los otros tres, porque volveré...* —dijo algo más, pero la cabeza me daba vueltas. Caí y sentí un fuerte dolor, pero después nada más.

Recobré el conocimiento unas horas o minutos después. La niebla negra ya no estaba, igual que el espectro. La poca luz que llegaba de las brasas iluminó directamente al cuerpo de John. Las ropas estaban más desgastadas, como si hubieran sido usadas múltiples veces. Los guantes estaban en el suelo, y esparcidos a su alrededor había diminutos trozos de huesos. Horrorizado me levanté y fui hacia donde estaban

mis compañeros. Ellos eran los mismos, y en parte aliviado me acosté a cierta distancia, cerca de las brasas. El frío me estremeció por completo, pero más lo hicieron las palabras que dijo la sombra. Pensé durante mucho tiempo sobre nuestra situación, y cómo encontrar al equipo de Larsen; pero éstas no eran ideas o planificaciones, sino el sueño de un futuro incierto en medio de la nada, a todos lados nieve, pero con comida y compañía asegurada, y en la más irracional fantasía el rescate de algún barco, mandado de quién sabe dónde. Deseé no estar allí donde me hallaba acostado; y a los tres que a tan poca distancia estaban, pero tan alejados e insignificantes los sentía, no los consideré en mis sueños. Casi no me importaban, y con esos pensamientos caí en un trance de confusos delirios y la pérdida de la noción de todo, de golpe.

Desperté en la mañana, medio dormido, y antes de orientarme por completo me encontré en otro lugar y al muerto con vida. Él me saludó con su alegría habitual y ayudó a incorporarme. No dije nada, creí que estaba en un sueño, pero pronto hubo cosas que vi con anterioridad. Estábamos los cinco con el equipo de Larsen, y a medida que pasaron las horas y me decía a mí mismo que todo cuanto se decía ya lo había escuchado en el pasado, la idea de retroceso en el tiempo se hacía más fuerte. Ese día, me di cuenta, era el que nos separamos de Larsen, y cuando llegó la tormenta, que como la niebla oscura nos dividió a ellos y nosotros cinco no dije nada. Me mantuve lo más alejado de los cuatro, mezclándome entre los demás. La tormenta nos cegó a todos, pero me aferré del brazo de alguien, y cuando todo acabó ya no había rastro de ellos. “¿Dónde están?” se repetían todos. Sus caras se contorsionaban por el terror y trataban de recordar quién los vio por última vez. Intentaron encontrarlos en los días que siguieron, y ante la inutilidad de todo esfuerzo que era humanamente posible hacer, ellos cuatro fueron declarados muertos. Participé en algunos de los intentos, y una vez mientras caminaba recordé cómo yo, de colegial, deseaba volver atrás en el tiempo, para poder cambiar todo cuanto había hecho mal. “El niño de aquellos días se habría burlado de esta fantasía casi desesperada, si le contase que sus ensoñaciones se hicieron realidad”

pensé. Ese mismo día caí en la cuenta de que no sentía un ápice de remordimiento por haber dejado a la deriva a los cuatro tripulantes, y seguido, con una mueca de horror vi cómo, a mis pies, se dibujaron en la nieve dos círculos rojos. Regresé al campamento turbado y casi desorientado, pero pude volver a respirar con tranquilidad.

En noviembre nos rescató un buque argentino, que antes de nosotros encontró al señor Nordenskjöld, y un mes después desembarcamos en Buenos Aires, recibidos por aplausos, bocinas y sirenas.

Son las cuatro de la mañana. No sé cuánto tiempo he pasado dando vueltas en la habitación, con la silla despegada del borde de la mesa, y este papel esperando a que siga escribiendo qué pasó. Lo hice. Sí. He escrito lo que pasó. Para mi desgracia, eso sigue atormentándome. Volví a dar vueltas tras terminar esas líneas, deteniendo los pies de vez en cuando para apoyarme en la silla y encorvado fijar los ojos en la tinta fresca, como si la viese con recelo o en ella encontrar algo raro. Sé que no habrá nada, y entonces, ¿para qué lo hago?

Ha pasado media hora, y el reloj marca las cuatro menos cuarto. Hay algo que me insistió, que me repitió que escribiese, y sigo sintiendo ese impulso tan extraño. Ni siquiera sé para qué escribí todo eso, ni qué quería lograr con ello.

Ya está hecho. Son las cinco y media, y desde que escribí esa última línea no me he sentado. Me duelen los pies. ¿Por qué sigo moviendo la muñeca, gravando en papel estas cosas inútiles?

Tuve una pesadilla. Eran rostros, rostros desfigurados horriblemente bajo el hielo, que abrieron los ojos cuando el buque pasó por las aguas congeladas en que estaban atrapados; y se fijaron en mí, solamente en mí. Oí gritos desesperados, y unos brazos invisibles tiraban de los míos, sin que me diera cuenta cuándo me agarraron. Esos ojos... esos ojos me hablaban, y decían que los acompañara. “¿Por qué nos abandonaste? ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué no nos dijiste?” murmuraban, llorando

lágrimas congeladas, y yo escuchaba sus voces como si fueran gritos. Detrás de ellos otros ojos me miraban. Advertí su fijación en mí. Eran rojos. Parecía que palpitan, sangraban y estaban próximos a reventar. Pero sólo los veía de reojo. No sentía miedo. Quería que dejaran de verme. Los gritos de los muertos era lo que me atormentaba, y los rostros convertidos en calaveras que se resquebrajaban a medida que gritaban con más fuerza me horrorizaron hasta casi enloquecer. Hasta que, por fin, por fin desperté.

Los he visto. ¡A los muertos, los he visto! Llegan por la noche, asaltan mi sueño y golpean las ventanas. Siempre dicen las mismas palabras. Las gritan. Reclaman algo, pero ¿qué reclaman? ¡No entiendo qué quieren, ni por qué debo padecer su sufrimiento!

Corrí las cortinas, pero sigo escuchándolos. No me atrevo salir de casa, no con esas cosas acechando. Esperan. ¡Sí! ¡Esperan a que salga para cazarme!

Estoy enfermo. Desde hace días no salgo de la cama. No puedo moverme, no me reacciona nada. Escucho los gritos con mayor frecuencia. Deliro, debe ser la fiebre. ¿Por qué? ¿Por qué este tormento es peor que los anteriores? ¡Una simple enfermedad!

Tocaron a la puerta y hasta el tercer golpe me desperté. Escuché el cuarto, y el que estaba detrás de la puerta lo hizo con más fuerza. Irritado, grité que entrara. La habitación donde pasaba todo el día, acostado, se encuentra lejos de la principal, por lo que no me extrañó ver al visitante tras unos segundos. Al fin llegó. Iba abrigado con ropas muy gruesas, que creí haber visto antes, en el hielo, y una capucha le ocultaba todo el rostro, salvo sus ojos rojos. Del calzado salía una especie de niebla negra. Me miraba directamente, y sin saludar se llevó una mano enguantada al costado y desenvainó una espada corta, que resplandeció a la poca luz del día que entraba de las cortinas corridas.

—Vengo por ti —dijo, y reconocí esa voz.

No dije nada, y simplemente me quedé quieto. Sabía lo que iba a

ocurrir, y era poca la importancia que le daba. Lo miraba directamente, sin miedo a la muerte.

- Qué pasa? —preguntó con el mismo tono, al parecer indiferente a mi nula reacción—. ¿No es acaso esto lo que deseabas?

No respondí, y con la boca cerrada quedé, aún cuando alzó la espada y apuntó con ella a mi rostro.

Reviso nuevamente estas páginas y no puedo resistirme a añadir una nota final. Aquí sigo, sentado en el escritorio donde grabó sus memorias. Debería dejar estos papeles junto con su autor; la habitación donde trabajé está a unos cuantos pasos, pero ningún deseo tengo de llevárselos. Se pudrirá en soledad, y la noticia de su muerte será cualquier cosa menos algo extraordinario.



Mención Especial

Gabriel Darío Pascale
Delegación General Sectorial de las Fuerzas Armadas
Título de la obra: ***Oro Blanco***

Continente Blanco, Antártida Argentina, Base Marambio...

*“Cuando llegas apenas la conoces,
pero de regreso las llevas por siempre contigo”*

Tierra blanca e intacta que no conocen sables ni bayonetas, lejos de la malicia del hombre y cerca de la eterna pureza.

Tierra virgen y a su vez poblada, donde sus voces clamorosas desafían las largas distancias y se expanden desde el trasparente cielo.

Tierra silenciosa y cristalina que escondes en tus imponentes murallas un tesoro aletargado, que sin recelo a quien llega y lo descubre, lo trasmites generosamente ante su rostro vívido, brillante y esperanzado.

Antártida querida, eres tierra sin guerra, de pacíficos estudios científicos, pero a su vez tierra de valientes centinelas.

En tu naturaleza pura, los vientos y neviscas desafían la crueldad de unos cuantos centinelas del deber, que con su saber logran acercarse entre sí, logrando la hermandad en busca del Paraíso.

Antártida querida, donde nunca hubo esclavos, donde aflora la razón, la cordura y donde la naturaleza majestuosa inflama orgullosa el pecho en un profundo sentimiento de paz.

Antártida Argentina, querida tierra soberana, tu espíritu universal es un símbolo de hermandad.

Gabriel Darío Pascale

Agradecimiento

Queremos agradecer muy especialmente:

A la Secretaría de comunicación del Consejo Directivo Nacional

A Matías Ancurio y Gerardo Hoffmann

A Pablo Garone

Al Centro de Interpretación del Peronismo -CIPer-CDN

A Juan Tangari, Leticia Manauta, Vicky Bianco, Daniela Dubini,

Raúl Rocco, José Manuel Acevedo y a todos los compañeros/as que colaboraron en la construcción de este libro.

Diseño e Impresión: Secretaría de Publicaciones e Impresión de UPCN
Seccional Trabajador@s Públicos Nacionales y del GCBA
Agosto 2023

A través de estas páginas, el lector podrá acompañar a los pioneros que se aventuraron a navegar por los mares australes. Podrá revivir las hazañas de los primeros expedicionarios que invernarón en la Antártida, o que alcanzaron el Polo Sur. Podrá conocer las historias de las bases antárticas argentinas, desde la primera instalación permanente, hasta las más recientes y modernas. Y podrá apreciar el rol de la Argentina en el Tratado Antártico.

Es una obra que rescata el valor histórico y cultural de la presencia argentina, refleja el espíritu de superación y solidaridad de sus protagonistas y busca inspirar a las nuevas generaciones a seguir explorando y cuidando este patrimonio común de la humanidad.

La Antártida es un escenario de aventuras, desafíos y descubrimientos. Este libro de relatos históricos es una invitación a descubrir ese mundo, donde el hombre y la naturaleza se encuentran en una relación única y singular. Son testimonios que quieren responder a las preguntas cruciales: ¿Cómo relatar ese objeto conjetural e inconcebible, ese Universo? ¿Cómo asomarse a esas imágenes que resplandecen y arden henchidas de sentido? ¿Cómo juntar literatura e historia, ciencia y mito, relato oral y documentos? ¿Cómo celebrar el espíritu antártico argentino y transmitir a las nuevas generaciones el valor y el orgullo de pertenecer a un país con vocación antártica?

Este libro fundamentalmente nos invita a juntar esos relatos, a leer entre líneas. A escuchar a los protagonistas de este sueño.

